

LA PROTESTA

PORTE
PAGO

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VII
N.º 289

BUENOS AIRES, AGOSTO 4 DE 1928

El ejemplar
20 Centavos.



SUMARIO DE ESTE NUMERO :

1914 — Agosto — 1928. — De la patria, A. Hamón. — Estadísticas de la gran guerra. — ¿Guerra o revolución?, “Der Syndikalist”. — El militarismo y la actitud de los anarquistas, Domela Nieuwenhuis. — Las madres y la guerra, F. Oerter. — Recapitulación histórica. — El antimilitarismo en Dinamarca, Jeorg Jensen. — El movimiento obrero revolucionario y el problema colonial, Albert de Jong. — Campo de batalla, P. Godoy. — El militarismo, J. Grave. — ¡Guerra a la guerra! — Antimilitarismo anarquista. — La A. I. T. frente a la guerra y al militarismo. — Una resolución del tercer congreso. — Móviles, ideales y práctica revolucionaria, L. Fabbri. — Un pensamiento de Rathenau. — El oficio no carece de aspirantes

1914 - AGOSTO - 1928

Han pasado catorce años desde la declaración de la guerra; se han escrito montañas de papel sobre las culpabilidades; hay quien atribuye las causas de la gran hecatombe a los alemanes; hay quien echa la culpa a los franceses; otros señalan a los ingleses, etc., etc.

Nosotros no tomamos parte en ese debate, porque no tiene ningún interés; los culpables son todos los gobiernos, o mejor dicho la culpa reside en el sistema vigente de autoridad política y de monopolio económico. Nosotros acusamos al sistema entero de vida que sufrimos y decimos con Kropotkin:

“Trabajar todos para uno y uno para todos, — he ahí la única condición para que la paz sea un hecho en el seno de las naciones, que la piden a gritos, pero que no puede implantarse, por oponerse a ello los actuales poseedores de la riqueza social”.

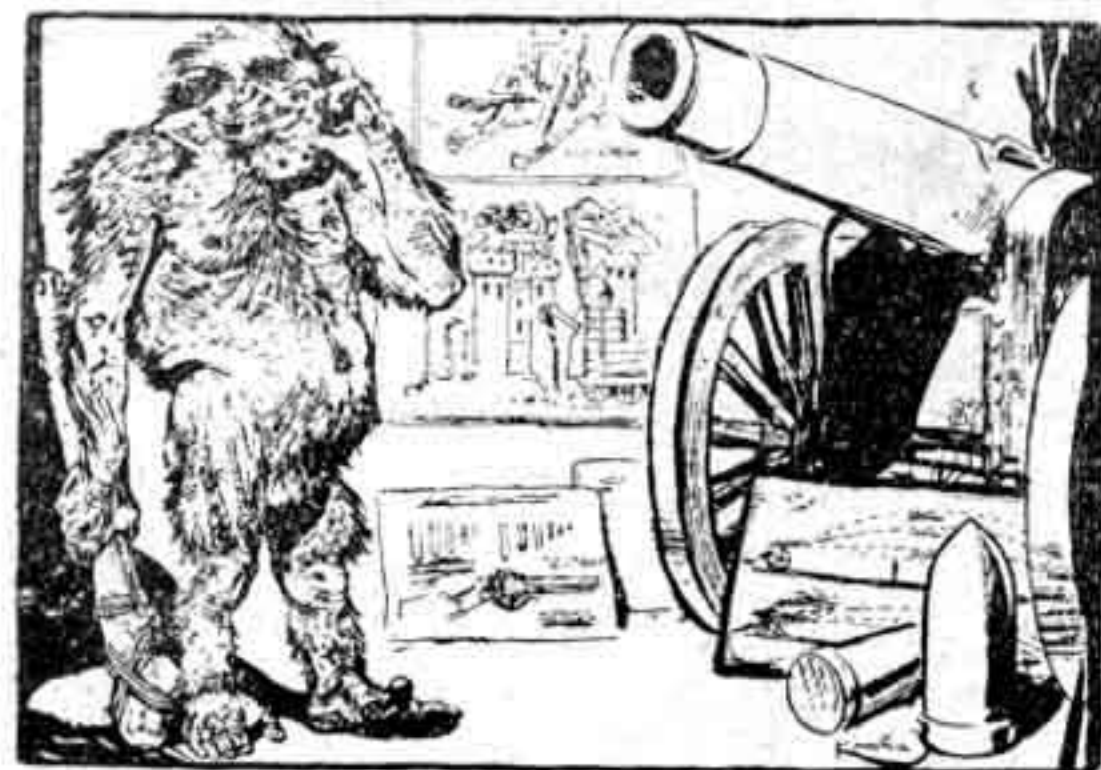
No somos tan ingenuos que vamos a suponer que la paz será posible sin la transformación completa del presente régimen político y social; pero es nuestro deber combatir la preparación para la guerra, que es el militarismo, y sabotear la guerra misma, que es un crimen de lesa humanidad.

Si Kropotkin nos dice cuál debe ser la base de la verdadera paz, Rocker nos ha dado en la siguiente resolución que presentó y aprobó en una conferencia nacional de las fábricas de armas de Alemania, la mejor concreción de la actitud de los anarquistas ante el militarismo: “Considerando que la liberación de la clase obrera debe ser obra de los trabajadores mismos — considerando, además, que la matanza sistemática de los pueblos y la opresión violenta de las clases desposeídas sólo es posible mediante la cooperación de los trabaja-

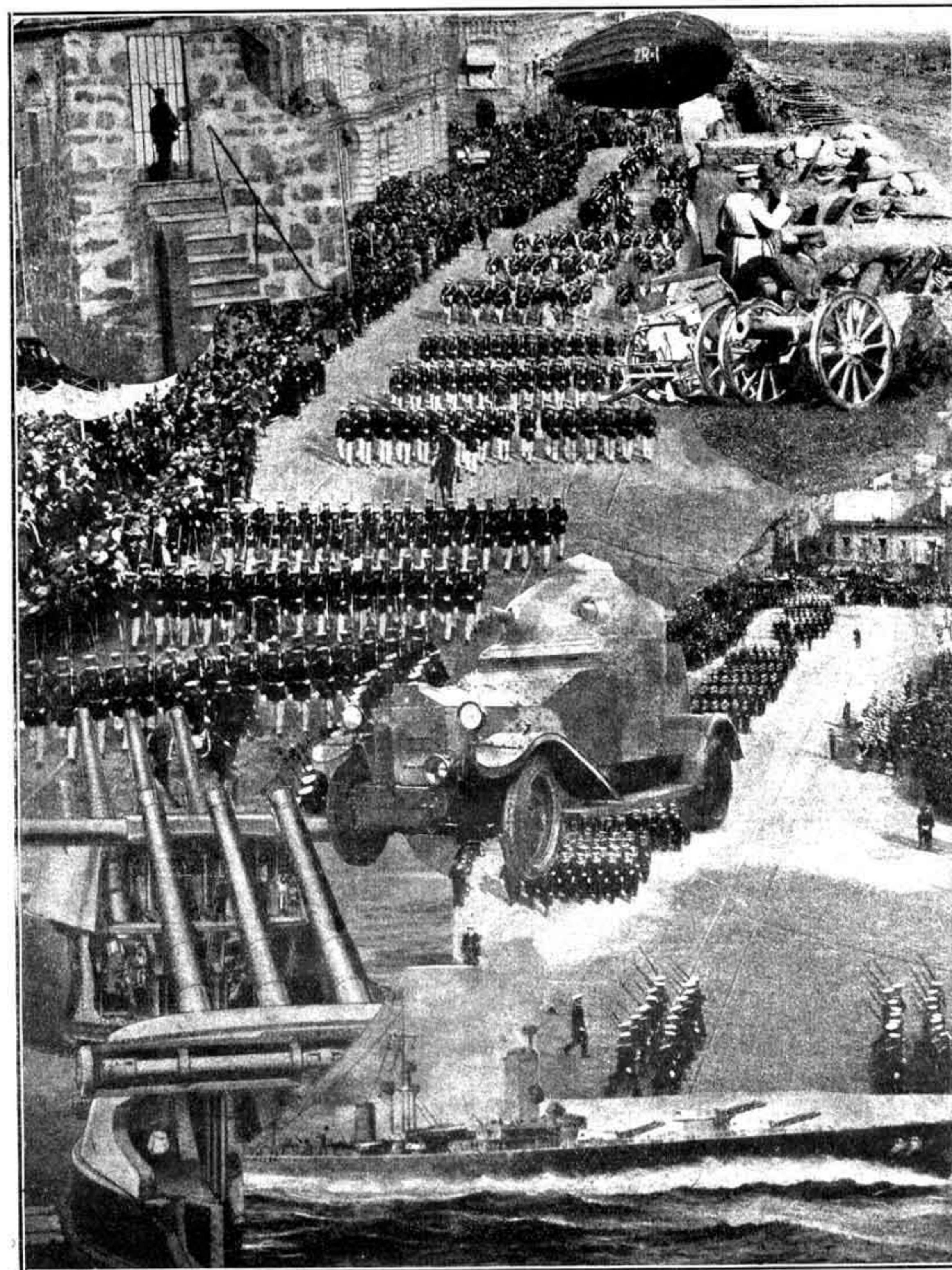
dores, la conferencia nacional de los trabajadores de la industria de los armamentos, resuelve proponer a todos los obreros ocupados en la industria de las armas el rechazo total de toda producción ulterior de material de guerra y la transformación de los establecimientos para el trabajo de la paz.

“Al mismo tiempo el congreso envía a los trabajadores de todos los países sus saludos fraternales y expresa la esperanza de que la resolución aprobada por él contribuirá a la realización del socialismo revolucionario internacional”.

En las páginas que siguen hemos procurado recoger algunas noticias y algunas sugerencias sobre la patria, el nacionalismo, la guerra y los estragos de la guerra. En el 14 aniversario de la gran hecatombe que costó tantos millones de víctimas y que tuvo consecuencias tan trágicas para la riqueza social y para el porvenir humano, nosotros afirmamos nuestra fe en la paz, en la solidaridad y en la libertad y sostenemos en alto nuestra oposición irreductible a un régimen de vida que hace posibles crímenes tan grandes como el de la guerra.



El hombre de las cavernas en un museo de antigüedades
—Efectivamente, los civilizados han sido más ingeniosos que nosotros.



Lo que sostiene la burguesía

A. HAMON

DE LA PATRIA⁽¹⁾

Por todas partes se habla de patria y nadie acierta a explicar claramente lo que esta palabra significa. Reina la más grande confusión: una nueva religión — el patriotismo — ha sido engendrada. Como en todas las religiones, el objeto del culto está vagamente definido: mejor, no lo está poco ni mucho. Se trata de un sentimiento vaporoso, indefinido; ninguno de los creyentes de la nueva religión tiene de su dios una concepción precisa, clara, terminante. Se sabe sólo, en resumidas cuentas, que el patriotismo obliga a cierta solidaridad entre gentes de una misma patria. Esta es la sola certidumbre que existe en la cuestión; e ignórase, en cambio, todo lo referente a la naturaleza de la patria, a su composición, a su esencia, de lo cual sólo se tienen ideas vagas e imprecisas.

Parece ser que con el nombre de patria, se designa una cierta unidad territorial, convencionalmente determinada, variable según mil influencias sociales. Líneas ficticias trazadas sobre mapas, a menudo sin más motivo que la voluntad de individuos más o menos numerosos, cierran un territorio y forman lo que se llama una patria. El patriotismo reclama que todos los habitantes de este territorio sean solidarios. Las líneas trazadas lejos de ser eternas, son esencialmente modificables y con frecuencia modificadas. Una guerra entre príncipes o gobernantes vecinos, los tratados entre reyes, engrandecen o disminuyen las patrias. Tal que ha nacido en una patria, se encuentra en un momento dado — merced a acontecimientos a los que no contribuye — viviendo

(1) Conferencia dada en el C. T. de París, y en reunión pública en Nantes.

Este trabajo fué traducido al español en 1895 por Azorín, entonces en la plenitud de su fervor anarquista. En la introducción escrita por ese señor, y que suscribimos nosotros ahora, aunque no la suscribiría ya el propio autor, se lee:

“El presente estudio es un trabajo filosófico escrito con el desinterés y abnegación privativos de los entendimientos superiores.

Los hombres observadores y reflexivos que no hayan llegado en su pensar continuo a los mismos resultados, tendrán ocasión de rectificar ideas hechas y adquirir visuales nuevas. Los que, cerrando por sus fines los ojos a la verdad, refutan haciendo apoloías y emplean frases brillantes por argumentos, es inútil que lean estas páginas. Al corazón de los primeros van dirigidas, no al posibilismo de los segundos”.

Se ha reproducido después en numerosas ocasiones, pero hemos creído que no está demás recogerlo en esta revista, con otros trabajos, también conocidos, para dar así mejor expresión de nuestro pensamiento sobre el militarismo, la patria y la guerra y la actitud que nos corresponde.

en otra, sin haber cambiado de residencia. Ejerce, sin embargo, la misma profesión, vive en el mismo sitio rodeado de las mismas gentes. en el mismo clima, hablando la misma lengua, pero es francés en lugar de ser belga, o inglés en vez de ser francés. Ha cambiado sólo su patria; así lo han decidido otros y no él, un cierto número de hombres, quizás uno sólo, rey, emperador o zar.

Basta considerar la patria llamada francesa, para ver cómo ha variado desde 1600, por ejemplo. Gentes que se acostaban siendo italianos o belgas, se levantaban franceses; otros que eran franceses, se convertían en ingleses. Su patria cambiaba porque hombres que ellos no conocían, habían batallado y lo habían acordado así después. Un día eran solidarios de una agrupación y enemigos de otra; al siguiente eran amigos de ésta y enemigos de aquélla.

Confesemos, con Pascal, que nada hay más risible, mejor dicho, más absurdo que esto.

De la variabilidad de la unidad territorial, ha resultado una concepción muy confusa de la patria, porque precisamente sobre esta unidad ha querido basarse el concepto de aquélla.

La idea nebulosa de la patria no ha satisfecho a los espíritus lúcidos, claros, científicos, que han tratado de precisarla.

El concepto de “patria” presupone ciertamente una determinada colectividad de seres unidos, solidarios. No puede suceder de otro modo. Pero, esto admitido, ¿en qué límites territoriales están comprendidos estos individuos solidarios? ¿En qué lugar se comienza a ser solidario? ¿En cuál otro se cesa? ¿Cómo trazar las fronteras de la solidaridad entre los habitantes de estos lugares?

Algunos han tratado de responder a estas cuestiones definiendo la patria como el lugar “donde se ha nacido”. La definición es clara y terminante; la idea, precisa. Solamente que el territorio donde se ejerce esta solidaridad es tan restringido que, en este caso, por patriotismo, sólo serían solidarios entre sí los que hubiesen nacido en la misma aldea, pueblo o ciudad; y los cuales lo serían de los nacidos en el pueblo vecino en el mismo grado negativo que respecto a los de otros continentes. De aceptar esta terminante definición, resultará que no se es francés, austriaco, alemán o español, sino simplemente marsellés, vienés, berlinés o sevillano; así como también ninguna razón patriótica obligará entonces al catalán a ser solidario del gallego, al andaluz a serlo del valenciano, y al castellano a serlo del vascoense. Son de diferente patria y por eso no son solidarios.

Como se ve, la concepción de patria como “lugar donde se ha nacido”, está en contradicción con la

idea vaga comúnmente expresada con la palabra patria, porque según ésta, el gallego es solidario del cubano (1), tan diferentes entre sí, y no lo es del portugués, con el cual tiene tantas afinidades; y el catalán lo es del gaditano y no del bayonés.

* * *

Muchas personas han tratado de basar la patria en la comunidad de costumbres, de usos, de idioma. Según esta definición nótase que el territorio donde viven los individuos solidarios es de más grande superficie que en el caso anterior. La idea, aún siendo clara, tiene menos precisión que cuando se trata del sitio de nacimiento. En efecto, en un mismo territorio las costumbres varían más o menos, según las clases, las profesiones, las castas. Cuando se dice comunidad de costumbres, de usos, es preciso entender comunidad de algunas costumbres, algunos usos, y no de todos; es necesario comprender que no se trata sino de los caracteres comunes que unen a los individuos que habitan un territorio, determinado por esta misma comunidad. Y lo mismo podemos repetir respecto de la lengua, porque en realidad no existe identidad de lenguaje entre gentes de clase, casta o profesión diferente que habitan en una misma región. No puede ser cuestión, aquí también, sino de determinados caracteres comunes, determinadas semejanzas de expresión de los pensamientos y sentimientos.

A pesar de esta impresión del concepto “patria”, basado en la comunidad de costumbres, de usos, de lengua, podemos, sin embargo, admitirlo; en cuyo supuesto, fácil nos será apreciar que tal concepto está también en contradicción con la idea expresada comúnmente con la palabra patria.

En efecto, la comunidad de costumbres, usos y lengua, es más íntima entre los gallegos y los portugueses de la provincia, entre Miño y Duero que entre aquéllos y los malagueños, los catalanes y los valencianos; y hay más semejanza de carácter, de usos, de costumbres, entre los alsacianos y los badeneses, que entre los alsacianos y los gascones, o los bearneses. Relaciones más íntimas de costumbres y de lengua unen los roselloneses a los catalanes, y los castellanos a los mejicanos, que los roselloneses a los normandos o bretones, y los castellanos a los catalanes o vascuences (2).

Debía, pues, según éstos, haber solidaridad patriótica entre gallegos y portugueses, entre alsacianos y badeneses, entre roselloneses y catalanes y entre castellanos y mejicanos; y no entre gallegos y castellanos, gascones y normandos, y vascuences y andaluces.

Resulta de aquí que la patria, en el concepto indeterminado que de ella se tiene, no está determinada ni por el lugar del nacimiento, ni por la comunidad de costumbres, usos y lengua.

* * *

¿Estará acaso determinada por la comunidad de intereses que crea la solidaridad entre los individuos? El análisis de los fenómenos sociales demuestra que en un mismo territorio llamado patria, los intereses son rara vez comunes, y frecuentemente antagónicos. La patria basada en la comunidad de inte-

(1) Piénsese que este folleto se escribió cuando Cuba pertenecía a España todavía.

(2) Estas afinidades y diferencias se aprecian fácilmente en los viajes, o cuando se ven las relaciones de viajes o los libros relativos a usos y costumbres de comarcas diferentes.

reses, sería de superficie más restringida que los territorios comúnmente calificados de patria. Poco más o menos, el lugar donde los intereses son comunes, es aquel en que las costumbres, los usos y la lengua lo son también.

En una patria como la francesa actual, los intereses son discordantes según las regiones. Este distrito agrícola, es proteccionista; aquel otro comercial, es librecambista. Tal región productora de remolacha, se opone a la entrada libre de los azúcares de caña, reclamada por otra comarca. Muchos más ejemplos similares podríamos citar, ejemplos que aparecen claramente en las discusiones parlamentarias entre librecambistas y proteccionistas. Se ve fácilmente el antagonismo de intereses entre provincias apartadas, y a menudo también entre localidades vecinas, dedicadas a diferentes trabajos. Para quien estudie las condiciones económicas de la Francia, es de evidencia notoria que ciertas regiones tienen más comunidad de intereses con regiones de otra patria, que con regiones de Francia misma (1).

Si en vez de considerar las diversas partes territoriales de una patria, se considera las diversas clases sociales que viven en esta patria, se ve que sus intereses son mucho más discordantes que concordantes, mientras que estos mismos intereses concuerdan perfectamente con los de individuos de la misma clase social de otras patrias.

No es, en efecto, dudoso, para nadie que el proletariado francés, tiene más comunidad de intereses con el proletariado alemán, inglés o italiano, que con el propietario francés. Existe una comunidad más íntima entre el banquero de Francia y el de Inglaterra, que entre éstos y el labrador de sus respectivas patrias; así como entre los profesionales militares de patria diferente, que entre estos militares y los obreros de su misma patria.

La patria, pues, tal como comúnmente se la considera, no está determinada por la comunidad de intereses.

* * *

No estando basada en el lugar del nacimiento ni en la comunidad de costumbres, lengua o intereses, ¿acaso se basará la patria solamente en el interés puramente individual?

¿Debemos decir, con Aristóteles o Eurípides, “donde yo vivo bien, es mi patria”? ¿Debemos pensar, con Merlin Coccaio que “no tenemos otra tierra que la que llevamos pegada a los zapatos”? ¿Debemos opinar con Paul-Louis Courier cuando escribe: “la patria es donde se está bien; si soy feliz en Roma, es claro que soy romano”? (2).

Siendo así, esto constituye la negación absoluta de la patria, tal como comúnmente la entendemos. No hay solidaridad sino cuando el interés personal lo re-

(1) Ver *La France sociale et politique*, de A. Hamon, años 1890 y 1891.

(2) Tirso de Molina había dicho antes lo mismo: “La patria más natural es aquella que recibe con amor al forastero; que si todos cuantos viven son de la vida correos, la posada donde asisten con más agasajo, es patria más digna de que se estime.”

(N. del T.)

clama; la colectividad no juega ningún papel. El individuo es solidario de otros, en tanto que en sus intereses está el serlo; y no lo es, si estima que le conviene no serlo. Obra siempre con arreglo a sus intereses personales, sin tener en cuenta los intereses de los otros miembros de la colectividad. Ninguna razón patriótica le obliga a tener esto en consideración, porque, dado este concepto de la patria, el individuo es él mismo su propia patria; obra según sus propias miras y no las de otros. La noción de territorio, de comunidad cualquiera con otros individuos, no existe; el interés personal lo avasalla todo.

Su patria es donde se encuentra bien, la lleva detrás de sí en la suela de sus zapatos. Hoy es romano, mañana será inglés, al otro día alemán o francés, según su interés. No hay necesidad que abandone una región determinada para este cambio. Basta que obre según su propio interés, sin cuidarse del interés de los individuos vecinos.

Abundan los hechos que ilustran esta concepción de la patria, porque es la de los propietarios de todos los países.

El comerciante que compra y vende productos extranjeros en competencia con los de su patria, no se ocupa en sí perjudica a gentes de su misma patria. Le guía sólo el interés. Su patria es su interés.

El industrial que emplea obreros extranjeros por que le cuestan menos, obra conforme a su interés y daña a individuos de la misma patria. Su patria es su interés.

El financiero que especula en todas las Bolsas, que agiotiza sobre todos los fondos, perjudica los de su patria. Su patria es su interés.

El agricultor que hace imponer los productos extranjeros, daña a los individuos de su patria, porque les obliga a librarse de sus productos o a reducirlos a las necesidades del uso. Su patria es su interés.

El inventor que vende al extranjero su invento, útil o necesario para la defensa nacional, daña a sus compatriotas. Su patria es su interés.

El propietario, director, administrador, accionista de una sociedad industrial, comercial, financiera, que vende cañones, acorazados, obuses, pólvora, que presta dinero a las patrias extranjeras, no obra como patriota, sino como individuo cuidadoso de su interés personal. Su patria es su interés (1).

La mayor parte de los hechos cotidianos lo comprueban: los hombres tienen por patria el lugar donde se encuentran bien; su interés, su patria y su patriotismo consiste en obrar de conformidad con sus intereses.

Esta concepción, opuesta a la solidaridad y a la vaga noción de patria comúnmente admitida, es realmente la de la masa humana, la cual no usa sino por pura fraseología esta vaga noción de patria, comprensiva de la solidaridad entre gentes que viven en una unidad territorial.

Según la imprecisa noción que se puede tener de la patria, es patriota aquel que está convencido de la superioridad de su patria sobre la de otro; aquel que ama a su patria hasta la muerte, y que, por lógica consecuencia, odia las otras patrias. Como justamente ha escrito Voltaire, "ser buen patriota, es desear que su patria se enriquezca por el comercio, y sea poderosa por las armas. Es desear el mal a sus vecinos."

(1) Ver *Ministère et mélinite y L'Agonie d'une Société*, de A. Hamon.

Ser patriota es desear su patria grande y fuerte, es decir, más grande y más fuerte que las patrias vecinas. Si hay ruptura de la unidad territorial y formación de una nueva unidad, ser patriota es desear el desquite para recobrar la antigua unidad, tan convencional como la nueva; el desquite para satisfacer ese algo indefinido e indefinible que se llama honor. Así el desquite es la guerra con su luctuoso cortejo, sus ruinas innumerables, sus crímenes horribles.

Como lo ha escrito Francisco Coppée, "nuestro deseo de un desquite, es absurdo en el fondo."

¿No es absurdo, en efecto, ver a los patriotas de todos los países alimentar esta sola idea de desquite? No existe ninguna patria que a través de los siglos no haya sido modificada, no haya sido vencida. Todos los patriotas de todas las patrias deben, pues, abrigar el deseo de quedar victoriosos, reparando el desastre de pasadas injurias, en cuyo caso se dará el espectáculo de una eterna guerra y de una eterna preparación a la guerra, resultando absurdo y contrario en absoluto a la razón humana.

El inglés odiando al francés, el escocés al inglés, el francés al alemán, el italiano al austriaco, y todos preparándose para el día en que se destruirán, se incendiarán, se robarán... ¿He aquí el bello ideal, el ideal de patriotismo, de aquellos que se erigen en sostenes de la paz armada! Verdaderamente, ante tal ideal ¿no podríamos repetir con el ilustre Johnson, que el "patriotismo es el último refugio de un malvado"?

La paz armada exige innumerables ejércitos permanentes que arruinan las naciones. No estarán de más algunos números. En un folleto muy bien escrito —*Pour-quoi nous sommes internationalistes*— el grupo de estudiantes socialistas, revolucionarios internacionalistas, ha demostrado que el sistema militar disminuye la capacidad productiva de una nación en 1/2. Aparte de esta causa de ruina, existe también la muy importante referente al mantenimiento de los ejércitos permanentes, de los armamentos gigantescos.

En Francia, el presupuesto de la defensa nacional en 1891, que comprende el ejército, la armada y el armamento, se elevó, según las cifras oficiales, a 1.138.823.910 francos. En Italia, el gasto anual ordinario pasa de 400 millones. Alemania, de 1872 a 1889, ha gastado en la defensa nacional más de 12 millones. Francia ha sobrepasado esta cifra. Todas las potencias han sido arrastradas por esta pendiente; todas hacen gastos enormes y tienen ejércitos permanentes que, en Europa sólo, se elevan al total de 3.500.000 hombres. Francia tiene 572.000; Alemania, 500.000; Rusia, 782.000, etc.

El furor de armamento es tal, que en un espacio de 17 años, de 1875 a 1892, el aumento de presupuesto de la defensa nacional ha sido de 137 por 100 en Alemania; 92 por 100 en Italia; 84 por 100 en Francia; 79 por 100 en Rusia; 37 por 100 en Inglaterra (1).

El régimen de paz armada, pues, con sus ejércitos permanentes, sus armamentos enormes, que hacen derivar las fuerzas humanas hacia la producción de instrumentos de muerte, arruina materialmente las patrias. Y no es esto solo, sino que las debilita física y moralmente, gracias a los ejércitos.

El ejército es un medio de expansión del alcoholismo, de la sífilis, resultando la degeneración para aquellos que de él forman parte. El ejército es, pues, una escuela del crimen.

(1) Consultar *L'Agonie d'une Société*, de A. Hamon.

Los hechos abundan mucho para que nos detengamos a citar uno solo. Los trabajos de Corre, de Boyer, de Colajanni, los que yo mismo he realizado (1); los numerosos estudios e informaciones, han mostrado palpablemente la influencia nociva, tanto física como moral, del sistema de ejércitos permanentes.

Así, pues, si se considera el patriotismo y la patria desde el punto de vista fisiológico, si los examinamos científicamente, con frialdad y sin dejarnos llevar de la pasión, veremos que tales ideas son generadoras de odio entre los hombres y origen de ruinas materiales, físicas y psíquicas.

Colocándonos en el punto de vista de la humanidad, vemos fácilmente también que tal noción vaga de la patria, engendra fenómenos en oposición con los intereses de la misma humanidad, de la humanidad de los hombres.

Al contrario, si examinamos la cuestión de la patria y del patriotismo, considerando solamente los intereses de ciertas clases o castas, vemos que entonces la idea nebulosa de patria está perfectamente conforme con los intereses de estas clases.

Los hechos demuestran que el hombre tiene necesidad de un ideal. Este ideal puede encontrarlo en una religión de un Dios más o menos vagamente definido; en una religión de una patria más o menos vagamente determinada; en una religión cuyo objeto sea la humanidad.

La idea de Dios está muerta o muere; hasta en los países donde vive aún, numerosos indicios prueban que, gracias a los esfuerzos del libre examen, se disuelve y no puede tardar en desaparecer. Trabajaron en esta obra los pensadores de los siglos XVII y XVIII siglos vigorosos y fecundos.

La humanidad no constituye el objeto de una religión, sino para una minoría que desea el bienestar y la dicha para todos, el perfeccionamiento cada vez más grande del individuo, la solidaridad cada vez más fuerte entre todos los humanos, sin tener en cuenta las diferencias que entre ellos pueden existir.

En nombre de la idea de Dios, algunas castas mantuvieron durante muchos siglos a otras castas en una esclavitud variable en su forma y en su intensidad. Hoy que este predominio de una clase sobre otra no puede mantenerse por la idea de Dios, la clase burguesa, la clase de los propietarios, ha imaginado, para mantener su predominio sobre la clase proletaria, servirse de la idea de patria.

Ha creado con esta palabra un ideal vago, nebuloso, de integridad territorial, de supremacía sobre las otras patrias. La persecución de este ideal de supremacía sobre las otras patrias, de mantenimiento de la unidad territorial convencional, ha provocado necesariamente la idea de desquite, en los casos de derrota. A su vez la idea de desquite ha acarreado fatalmente la existencia de ejércitos permanentes, los cuales, como ya hemos visto, arruinan los pueblos.

Los proletarios no han advertido que este ideal, que se les inculcaba poco a poco en la escuela, por medio de una educación hábil, estaba en oposición con sus intereses.

Como dice Voltaire, "dentro de una patria algo

(1) Véase la notable obra de Hamon, *Psychologie du militaire professionnel*, así como la *Criminalogía*, de Colajanni y el folleto del doctor Corre *Militarisme*, editado por la *Société Nouvelle*, de Bruselas.—N. del T

grande, hay, a menudo, varios millones de hombres que no tienen patria". Los proletarios, aquellos que no tienen tierra, ni bienes, ni nada material que los retenga en un sitio con preferencia a otro, no han comprendido aún que el ideal confuso de patria no tiene para ellos ningún interés. ¿Qué les importa la patria? ¿No pueden, acaso, repetir las siguientes palabras de La Bruyère: "¿de qué me serviría, como a todo el pueblo... que mi patria fuese poderosa y formidable, si triste e inquieto viviera en ella en la opresión?" Viven en la opresión lo mismo en la patria francesa, que en la inglesa o la alemana. ¿Qué les importa el ser gobernados y explotados por éstos o por aquéllos, si son de todas maneras explotados?

¿Qué más da pagar el tributo a Guillermo II, o a Victoria, o a Humberto, o a la República francesa, si siempre se ha de pagar? Que el propietario de la fábrica sea alemán, inglés, ruso o español, ¿qué le importa al obrero que en ella trabaja? Recibe siempre el mismo salario y sufre el mismo patrono.

En realidad, la patria le es racionalmente indiferente al proletario. Es un *sin-patria* que en todas partes padece, que pena y gime por otros que reposan y se divierten. Puede decir con La Bruyère: "no existe la patria dentro del despotismo; otras cosas la suplen: el interés, la gloria, el servicio del príncipe". Para el proletario esas otras cosas no existen, no tiene nada que sustituya a la patria.

Han aceptado los proletarios, sin embargo, esta vaga noción de patria y profesan el culto patriótico servido por los sacerdotes burgueses. No han advertido que en nuestros días, el conquistador —entiéndase en Europa y América— no puede reducir en esclavitud a los vencidos, ni despojarlos de sus propiedades, ni transportarlos lejos del lugar donde nacieron, ni suprimirles las garantías de la ley, ni hacerles cambiar de lengua, usos y costumbres. En poco se diferencia la vida de un canadiense antes y después de la conquista inglesa o la de un alsaciano antes o después de la anexión alemana. Tanto en uno como en otro caso, conservan sus costumbres, y si son modificadas las leyes, lo son en sentido favorable, compensando de este modo aquellas que lo han sido en sentido contrario.

La lengua es también respetada; aun hoy día, en el Canadá, convertido en inglés desde hace más de cien años, se mantiene y progresa la lengua francesa. Un pueblo fuerte, vivo, puede ser vencido por otro, pero no absorbido por el vencedor. Frecuentemente, por el contrario el vencido, más robusto y numeroso, absorbe al vencedor; ejemplo: los manchúes absorbidos por los chinos.

La masa proletaria no tiene, pues, ningún interés en ser patriota, en rendir culto a esa entidad indefinida y nebulosa llamada "patria". La clase propietaria es la que tiene un interés directo y visible en que los proletarios profesen este culto, lo cual no obsta para que ellos, los propietarios, se crean exentos de profesarlo, como se ha visto. Y ciertamente que ha triunfado. Así vemos, gracias a la patria, florecer los ejércitos permanentes, fácilmente formados por el servilismo del proletario, servilismo que es una supervivencia de milenarias servidumbres. Gracias al alcoholismo y a la sífilis, los hombres degeneran, y se extingue en ellos el espíritu de insurrección, generador de todo progreso. Su energía se atrofia; aprenden a contemporizar, y una vez vueltos a la vida ordinaria, llevan a ella las costumbres serviles del militarismo. Se resignan tanto más fácilmente cuanto que comprenden que si se insurrec-

cionaran el mismo ejército de que forman parte ayudaría a someterlos.

El ejército tiene por objeto el orden interior, y por pretexto, la defensa exterior. Todo concuerda, pues, para que la noción de patria con sus fatales consecuencias — ejército permanente y sus resultados necesarios, — sea útil a la clase propietaria al servirle, como le sirve, para el mantenimiento de la explotación de los proletarios.

— (::) —

Estadísticas de la gran guerra

Según "Nie Wieder Krieg" de Zurich, durante la guerra fueron destruidas en Francia: 741.883 casas (de ellas 23.000 establecimientos de trabajo).

- 90 por ciento de la producción siderúrgica.
- 37 millones de hectáreas de tierra de cultivo.
- 33 por ciento de la producción carbonífera.
- 94 por ciento de la producción lanera.
- 70 por ciento de la producción azucarera.

Las deudas de guerra de los diversos Estados ascienden en relación a la riqueza nacional de antes de la conflagración a:

- 48,75 por ciento en Alemania.
- 40 por ciento en Francia.
- 31,5 por ciento en Italia.
- 30 por ciento en Inglaterra.

Alemania tiene que socorrer a:

- 785.000 heridos de la guerra.
- 234.000 niños con derecho a socorro.
- 58.000 huérfanos completos.

200.000 padres necesitados de soldados caídos.

533.000 viudas de guerra.

El balance de la guerra muestra:

- Muertos (identificables), 10 millones.
- Desaparecidos, 3 millones.

Pérdidas de la población civil, 13 millones.

En total han muerto en la guerra mundial 26 millones de hombres. A ellos hay que añadir 8 millones de estropeados, 20 millones de heridos.

Sólo los 13 millones de hombres caídos en la lucha dan una fila de muertos que podría llegar de París, por Alemania, por Asia, hasta Vladivostock.

Si los muertos se levantasen de sus tumbas para un desfile frente al zar de Rusia, a Guillermo II, a Poincaré, etc., frente a Hindenburg, Ludendorff y Foch, de cuatro en cuatro, marchando desde la salida a la puesta del sol, necesitarían medio año para desfilar.

¿Hay que agregar a ellos aun las 800.000 personas civiles que murieron de hambre? ¿Y

las viudas, los huérfanos, los enfermos, los encañados en Alemania y en Austria con sus ahorros, los desocupados, etc?

El desfile ¿no es bastante grandioso?

Según una estadística formada por el Archivo húngaro para el estudio de la historia de la guerra, entraron en la guerra mundial 3 millones y medio de soldados, de los cuales sólo han vuelto 524.000, es decir una sexta parte. Cada segundo soldado fué herido, cada tercer soldado fué nuevamente herido y cada sexto soldado ha caído.

Como dice el ex presidente de la sociedad estadística de Francia, Gastón Cadoux, de los 39.600.000 habitantes de Francia, fueron movilizados 8.140.000 para el ejército y 215.000 para la marina. Las pérdidas alcanzaron en total a 1.363.000 hombres, es decir una sexta parte de las fuerzas movilizadas, una séptima parte de la población masculina, una vigésima parte de la población total.

Una comparación de esas pérdidas con las de otros países da 1 muerto o desaparecido sobre 28 habitantes de Francia, sobre 35 en Alemania, sobre 50 en Austria-Hungría, sobre 68 en Gran Bretaña, sobre 79 en Italia, sobre 107 en Rusia, sobre 2.000 en los Estados Unidos.

Según "Verda Stelo" hace poco habló el parlamentario norteamericano Víctor L. Berger en el parlamento de Washington sobre el costo de la guerra, que él calcula, teniendo presente, no sólo los gastos financieros directos, sino también los daños causados, en 400 mil millones de dólares.

Con ese dinero se podría dar a todas las familias que habitan en Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Francia, Bélgica, Alemania, Rusia y Austria, una casa por valor de 2.500 dólares con muebles y demás. Además quedaría un regalo universal para levantar en cada ciudad de los nombrados países de más de 20.000 habitantes, escuelas por valor de diez millones de dólares y bibliotecas por valor de 5 millones.

Además con el dinero restante colocado en Bancos a 5 por ciento de interés, se podría pagar un buen salario de 2.000 dólares anuales a 125.000 maestros y a 125.000 niñeras. Y con lo que sobraría de todo eso aun se podría comprar toda Francia y Bélgica con lo que poseen, tierras, casas, fábricas, ferrocarriles, tranvías, etcétera.

Hay que imaginarse que una suma de 400 mil millones de dólares en barras de oro pesarían 800 millones de kilogramos, que habría que emplear para su transporte 80.000 vagones, o 1.600 trenes con 50 vagones cada uno.



El 28 de mayo de 1928, el ministro del Interior francés, Albert Sarraut, ha pronunciado un discurso contra el partido comunista de Francia que debe ser tenido en cuenta por todo adversario decidido de la guerra. Dijo textualmente Sarraut:

... "Se organizan abiertamente amotinamientos, se excita la gente a la rebelión... Las células organizadas en diversos regimientos, realizan su acción nefasta. Se han iniciado persecuciones en el ejército del Rin, donde los agitadores revolucionarios trabajan activamente... En varios regimientos han tenido lugar reuniones comunes... No ha pasado un solo mes sin persecuciones y condenas. Particularmente en Marruecos han tenido lugar simultáneamente con la campaña del Rif alrededor de 1400 condenas de soldados. Ustedes conocen los movimientos subversivos colectivos de la marina en 1925 y a comienzos de 1926 en diversos barcos. Si es verdad que desde hace un año no se han repetido y si el partido comunista hace poco, cuando intentó rebelar las tripulaciones del "Primauguet" y del "Regulos" en ocasión de su partida para China, ha sufrido un fracaso completo, según los informes, sin embargo, queda en pie el hecho de que la campaña repulsiva de la rebelión, de la fraternización, de la desobediencia a los jefes, que la propaganda hecha entre los marineros en los puertos, en Francia y en el norte de Africa ejerce un efecto desmoralizador sobre los oficiales y que no deja de tener una influencia en la disminución del reclutamiento de oficiales para la marina, donde los jefes están cansados de dejarse tratar como estropajos, como pícaros, como consumidores de opio, como haraganes".

Lo necesario que es ese trabajo nos lo muestra una manifestación del contraalmirante Moffet, el jefe de la aviación de los Estados Unidos. Ese señor declaró: "Chamberlin ha dado la prueba de que puede llevarse a Europa por aeroplano desde América tanto carga útil militar como económica. Las heroicidades de Chamberlain y de Lindbergh deberian abrir al pueblo los ojos sobre la necesidad de una apropiada defensa aérea y tendrían que aumentar la confianza en el aeroplano comercial".

No hay, pues, ninguna hazaña de la técnica, ningún ejercicio deportivo que no sean cultivados de inmediato por los peritos militares para fines de guerra. El imperialismo movilizará en caso de guerra todo lo que puede ser utilizado como instrumento de muerte. Un aeroplano de tráfico prestará luego servicios de guerra lo mismo que un barco de comercio. Ya el 2 de abril de 1926, el representante de los Estados Unidos, Gibson, en Ginebra, en ocasión de un debate sobre el desarme, se ha manifestado decididamente adverso a todo ensayo de limitación de la navegación aérea civil. Los representantes de los otros Estados oyeron eso, polemizaron un poco con-

tra esa interpretación y finalmente volvieron a casa ¿para hacer qué? ¿Para desarmarse? No hay un solo Estado imperialista que emprenda hoy, solo, el ensayo de un desarme o que se atreva a emprenderlo. El uno teme al otro. Y el armamentismo se realiza más febrilmente que en los años anteriores a 1914. Reproducimos en lo que sigue algunos números y estadísticas en prueba de esa afirmación.

El presupuesto militar oficial de Francia, Inglaterra, Italia Alemania Japón y Estados Unidos alcanzó en 1913, en conjunto, a 1.400 millones de dólares. En 1926 ascendieron los mismos presupuestos a 2.140.5 millones de dólares. Es decir casi un 70 o/o más. El presupuesto militar de Estados Unidos, que en 1913 era de 133,1 millones de dólares, en 1926 ha consumido 659,6 millones. O sea, cinco veces más. El presupuesto militar del Japón, desde 1913 a 1926, aumentó de 60 a 209,1 millones de dólares. El de Italia, de 80,9 a 192,5; el de Inglaterra de 420 a 605; sólo el presupuesto militar de Francia se redujo de 349 a 310,8 millones de dólares y el de Alemania de 345,8 a 163.

En 1923 disponían Inglaterra, Francia, Italia y Estados Unidos de más de 613.000 hombres de tropas terrestres; hoy esos países sostienen casi dos millones de hombres. Y esas tropas pueden ser completadas en todo momento por reservas bien adiestradas.

Pero más importantes que las tropas de tierra, son las aéreas, pues el arma más importante en una guerra próxima, son los aeroplanos. Según los cálculos aproximados, en base a la actividad constructora presente, que puede aumentar mucho aún, para los próximos cinco años hay que esperar el siguiente desenvolvimiento de la flota aérea:

PAIS	AÑO	N.o de aeroplan.
Francia	1925	1400
	1926/27	1500
	1932	2600
Inglaterra	1925/26	600
	1927/28	700
	1932	1000
Italia	1925/26	750
	1927/28	1000
	1932	1400
Estados Unidos	1925/26	600
	1927/28	700
	1930	1200
Japón	1925/26	370
	1927/28	440
	1932	700

Las flotas militares aéreas pueden ser fortificadas en todo momento por la flota aérea comercial. Y sobre ella tenemos estadísticas muy inexactas. Pero no sólo se lleva a cabo con gran energía la construcción

de naves aéreas de guerra — Finlandia, Estonia, Polonia, Rumania, Letonia y Lituania tienen ya hoy cuatro veces más aeroplanos de guerra que en 1913 todos los Estados de la tierra juntos, — la industria de la guerra de los diversos Estados y en particular la de Estados Unidos es en general activada en proporciones mucho mayores que las de antes de 1914.

Sobre el desarrollo de las fuerzas navales de combate de los tres más importantes imperios, tomamos lo esencial de la estadística siguiente:

TONELAJE DE LOS CRUCEROS EN 1000 TONELADAS
EE. UU. Inglaterra Japón

1923	210	275	88
1926	230	270	145
1930	300	420	203

TONELAJE DE LOS TORPEDEROS EN 1000 TONELADAS
EE. UU. Inglaterra Japón

1922	366	337	51
1926	366	335	89
1930	394	375	170

TONELAJE DE LOS SUBMARINOS EN 1000 TONELADAS
EE. UU. Inglaterra Japón

1922	88	64	41
1926	80	47	38
1930	92	80	50

No sólo sienten la fiebre armamentista las grandes potencias; también las pequeñas siguen firmemente el ritmo. De Finlandia, Estonia, Polonia y Rumania, protegidas de Gran Bretaña, conocemos estas cifras:

PRESUPUESTO DE GUERRA DE ESOS ESTADOS

1923	185 millones de dólares
1926	214 " "

CIFRAS DE LOS AEROPLANOS MILITARES DE ESOS ESTADOS

1923	280
1926	510

Pero con todas estas cifras y estadísticas no se puede abarcar ni comprender lo que exigirá y lo que destruirá la guerra próxima en energías humanas y mecánicas. Podemos decir tranquilamente que si vuelve una nueva matanza centenares de millones de hombres serán aniquilados en los campos de batalla como carne de cañón y de gases venenosos. Desde 1914 a 1918 las potencias centrales han puesto en ple de guerra 25 millones de hombres, los aliados 49 millones. De esos 74 millones, 10 han sido muertos y 20 heridos. Es decir, 30 millones de víctimas directas de la guerra. ¿Es imaginable esa cifra? El estadístico Woytinsky ha calculado que los sarcófagos de los caídos, puestos uno junto al otro, cubrirían el camino de Berlín a Wladivostock, es decir un trayecto de 10.000 kilómetros.

30 millones de víctimas humanas y 700 mil millones de marcos oro, eso ha costado a los pueblos participantes. Woytinsky escribe: "El valor del oro adquirido en todo el mundo desde fines del siglo XV, no constituye más del 10 o el 11 por ciento del costo de la guerra mundial". Esos 700 mil millones no fueron más que los gastos directos de la guerra. La pérdida de la producción, las ciudades destruidas, los barcos hundidos, etc., representan una pérdida de otros 70 mil millones de marcos oro". Para calcu-

lar la pérdida de la población — escribe Woytinsky — de los Estados europeos sin Rusia en los años desde 1919 a 1926 hay que comparar su producción efectiva con la situación que habría alcanzado en caso que la vida económica de Europa se hubiera desarrollado en esos años con la misma intensidad que antes de la guerra. Tal comparación nos muestra que los pueblos de Europa en los años de la post-guerra han perdido en la destrucción de su economía unos 400 a 500 mil millones de marcos, teniendo en cuenta la fuerza de compra de 1913, o unos 600 o 700 mil millones de marcos oro calculando según los precios actuales. Esas pérdidas económicas, pues, son muy poco menores que los gastos directos de la guerra".

Se sabe que anualmente se pagan miles de millones a lisados de guerra, miles de millones de los que el individuo no recibe lo suficiente para comer lo que necesita.

No han pasado todavía diez años desde la terminación de esa locura más que criminal y ya vuelven a la obra grandes fuerzas en los Balcanes, en Asia, en el Báltico para suscitar una nueva y más terrible locura. De un momento a otro puede terminar eso que se llama paz.

¿Encontrará el grito de guerra eco y obediencia? ¿O se resistirán los millones de obreros como un solo hombre contra los guerreristas? ¿Y se comprenderá que la vida de 30 millones y más de hombres, que los 1000 millares y más de millones de bienes económicos destruidos valen una buena revolución? Una revolución completa, esa es la revolución que asestará el golpe de muerte a los guerreristas, al sistema económico que conduce a la guerra, y que, en caso extremo, forzada a la violencia de las armas, empleará las armas otra vez, hasta el último hombre, al servicio de la humanidad contra la barbarie del capitalismo belicoso.

Ya hoy podemos decir: Guerra o revolución. No hay un tercer camino. Para los trabajadores, para las víctimas de la guerra de ayer y de mañana no debe ser difícil la elección.

"Der Syndikalist", 6 agosto, 1927.



D. NIEUWENHUIS

El militarismo y la actitud de los anarquistas ante la guerra

Todos estaremos de acuerdo en que las guerras no dependen ya de la fantasía o capricho de los príncipes y gobernantes. Estos, en efecto, no son otra cosa que títeres, figurillas de adorno. Los verdaderos autores permanecen en segunda fila. Los verdaderos gobernantes del mundo son los capitalistas. Ellos lo saben perfectamente bien; no es, por tanto, necesario ir a decirselo. Quién no lo sabe, quién no está aún suficientemente bien penetrado de esa verdad, es el pueblo. Hay, al respecto, una anécdota muy ilustrativa que conviene hacer conocer. Hace algunos años, cuando Europa volvía a ser amenazada una vez más por el fantasma de la guerra, se realizó en París un baile al que concurren varios diplomáticos. En él encontrábase también la esposa del millonario Rothschild. Uno de los diplomáticos pensó en aprovecharse de la oportunidad de danzar con la señora de Rothschild para conocer su opinión acerca de las probabilidades de que estallara la guerra. Suponía que la opinión de esta señora sería la de su propio esposo. En efecto, el diplomático realizó su propósito. Después de haber conversado de varias cosas indiferentes, hizo de pronto a la señora de Rothschild la siguiente pregunta:

—¿Y de la guerra, qué piensa usted, señora? ¿Cree usted que tendremos guerra otra vez?

A esta pregunta, la señora de Rothschild dió esta respuesta breve, clara y terminante:

—No, señor; pienso que no tendremos guerra, pues mi esposo no da el dinero (*).

Esta anécdota encierra una enseñanza más clara y más elocuente que los libros santos. Todo obrero debe grabarla profundamente en su memoria.

Si los banqueros no dan dinero, príncipes y gobernantes se encuentran imposibilitados de hacer la guerra, pues bien sabido es que el nervio, la potencia efectiva de la guerra es el dinero.

Ayer como hoy; en la antigüedad lo mismo que en nuestros días, el primer factor agente y determinante de la guerra es el factor económico.

En los tiempos primitivos, el hombre salvaje tenía un interés práctico en hacer la guerra. Si resultaba vencedor, se devoraba al enemigo vencido. Más tarde modificóse tal temperamento; pero, en el fondo, la guerra permaneció siendo lo que antes era. El guerrero ya no comía a su enemigo vencido; lo esclavizaba, reduciéndolo a trabajar en provecho del vencedor. Este se apoderaba del suelo y de los medios de producción, y de este modo proveía más cómodamente a sus necesidades. Tal es el caso general desde la Edad Media a nuestros días.

Los industriales y los capitalistas obligan a sus obreros a producir cada vez más porque así les conviene; pero, para que tal conveniencia se haga efectiva, es preciso que los productos se vendan. Siendo, en general, en un país, la producción siempre mayor que el consumo, y esto por un desequilibrio econó-

mico que no vamos a estudiar aquí, resulta claro que industriales y capitalistas tienen interés en procurarse fuera nuevos mercados para sus productos. De ahí provienen las guerras de colonización, guerras falsamente, hipócritamente llamadas de civilización. Tales empresas no son otra cosa que negocios, piratería comercial y social.

En vez de facilitar dentro del propio país el aumento del consumo, procuran buscar fuera, por la fuerza y por medios criminales, un nuevo mercado para lo que les sobra y tanta falta hace a sus compatriotas.

Los economistas burgueses se lamentan de que haya exceso de producción y hablan de los almacenes abarrotados, olvidándose de los trabajadores que carecen de todo. Es preciso no mentir. No hay exceso de producción, sino limitación de consumo.

Fué Fourier quien dijo: "Padecemos miseria porque existe superabundancia. Tenemos hambre porque hay demasiado pan; andamos descalzos por exceso de calzado. ¡He ahí los increíbles contrasentidos que se enseñan en las universidades!"

Las guerras provienen de nuestras torpes, absurdas e injustas relaciones sociales. Con ellas se procura también otra cosa; hacer una sangría en la masa de descontentos cuando sus protestas se van haciendo molestas. Es conocida aquella doctrina que aconseja a los reyes asegurar y consolidar el trono con una nueva guerra que logre hacerse popular. La gloria del triunfo, al par que da brillo al trono y provecho a los capitalistas, desembaraza al gobierno de los elementos molestos. Primero porque los distrae y entretiene, después porque los elimina. En esto la guerra, además de ser un negocio, es una verdadera válvula de seguridad.

Toda guerra tiene pues, un doble objeto: desembarazarse de las mercaderías sobrantes y de las gentes molestas. O, lo que es lo mismo, fortalecer al capital y debilitar al pueblo. No recordamos aquí las consecuencias morales e intelectuales que acarrea fatalmente.

Las guerras se realizan porque los capitalistas lo quieren así, pues con ellas logran ganancias enormes. Ganar dinero es el supremo ideal del capitalista y se puede estar completamente seguro de que ninguno de ellos vacilaría en traicionar a su patria antes que perder una ocasión de redondear su fortuna. Capitalistas ingleses eran los que proveían durante la guerra anglo-boer a las repúblicas sudafricanas de cañones y demás armas que servían para matar a sus compatriotas los soldados ingleses. ¿No era el ministro Chamberlain uno de los más fuertes accionistas de la fábrica de armas que tan espléndidos negocios realizó proveyendo a las repúblicas sudafricanas? Las fundiciones inglesas y alemanas vendían a los chinos la artillería y fusiles que éstos utilizaron contra el ejército inglés, alemán y contra las demás potencias que intervinieron en China.

Vamos a dar un ejemplo ilustrativo de las causas de la guerra.

(*) No en vano lo dijo Napoleón, que tenía por qué saberlo. Para hacer la guerra, tres cosas son necesarias: la primera, dinero; la segunda, dinero, y la tercera, dinero. — N. del T.

La plata no vale mucho. Un kilogramo de oro vale algo más de 3.200 francos, mientras que un kilo de plata vale poco más de cien francos. En igualdad de peso bruto, la plata vale 32 veces menos que el oro. Los gobiernos se aprovechan de esta diferencia de valor efectivo para estafar al pueblo. En una moneda de 20 francos realizan una estafa, al cambiarla en plata, de 114 gramos de este metal, en razón de las diferencias entre el peso y valor real y el valor nominal o escrito.

Bueno, pues. En Norteamérica hay en circulación gran cantidad de dólares plata, de los cuales se sirven igualmente, como medio de cambio circulante, en la China y en el Japón. Claro es que cuanto más bajo esté el precio de la plata más se pierde al recibir moneda de ese metal. Tal cosa es un privilegio del Estado y si un particular se permitiera hacer semejante cosa iría a la cárcel. La China y el Japón tienen en plata cantidad suficiente para sus negocios corrientes. Solamente que si les ocurriera cualquier cosa extraordinaria necesitarían mayor cantidad. Así, pues, los banqueros pusieron manos a la obra. Mandaron al Japón y a la China varios agentes americanos y europeos; no a corromper las autoridades, no, porque las autoridades no se dejan corromper jamás. ¡Son unas gentes tan honestas! pero, en fin, la China empezó a comprar en Norteamérica grandes cantidades de plata acuñada, y después de haberlo hecho durante seis meses la guerra estalló de pronto.

Quedaba a saber quién la ganaría. Para los banqueros era más ventajoso que la China fuera vencida, ya que después de la guerra tal, el vencido paga siempre una indemnización al vencedor. El Japón, aunque es un país vasto, es, con todo, en comparación con la enorme extensión de la China, un país pequeño, por cuya razón la China puede procurarse dinero con mayor facilidad en razón de su enorme extensión y de los grandes recursos naturales de ese imperio. De modo que era necesario que el Japón venciera y que la China pagara los perjuicios. Esto constituía un excelente negocio. La China hizo en seguida un empréstito de 400 millones, que le dieron en plata; luego otro de 72 millones y otro de 44 que recibió también en plata. Estos empréstitos fueron hechos con la condición de pagar los intereses a oro — otra viveza de los banqueros, que habían comprado toda esa plata por una relativamente pequeña cantidad de oro —. Este manejo les produjo grandes fortunas. Después se pusieron de acuerdo con los fabricantes de buques, cañones y fusiles, para que en todo cuanto pidieran la China y el Japón, se les exigiera el pago a oro, en cuya forma de pago también resultaban gananciosos los banqueros.

Toda la guerra chinojaponesa no fué, pues, otra cosa que una maniobra de capitalistas. Y bien; los capitalistas constituyen la burguesía. Todas las guerras son guerras de banqueros, financistas, industriales y comerciantes.

Cuando los capitalistas os predicen que es un honor servir a la patria, se burlan de vosotros, si sois lo suficiente tontos para creerles. Ellos saben que os engañan diciéndoos semejantes cosas. Todo eso que os dicen de *Patria, amor al gobierno, valor, fidelidad*, etc., son vanas palabras que sólo sirven para aturdirlos, a fin de que no seáis capaces de daros cuenta de cómo os toman de instrumento. Los soldados son los defensores de las cajas de hierro de los capitalistas. El ejército defiende los intereses de los banqueros. La clase poseedora se ha arreglado de tal modo, que ni siquiera se toma la molestia de defenderse; demasiado cobarde para eso, se hace defender por los que nada poseen.

Las guerras son posibles debido al espíritu militarista artificialmente mantenido en las filas del pueblo. ¿Creéis, acaso, que un Chamberlain o un Cecil Rhodes podrían hacer la guerra si no hubiesen tenido cuidado de mantener a sus espaldas un poderoso partido? La prensa inglesa ha excitado metódicamen-

te durante largos meses al pueblo inglés contra el pueblo boer.

¡Oh, la prensa! Se la considera un factor bienhechor, y no obstante, ella, puesta en manos de los capitalistas, no es otra cosa que una máquina de envenenar todas las sanas fuentes de la vida de un pueblo.

Hay ligas contra la falsificación de los alimentos; de defensa y protección de los animales; pero ¿dónde encontrar una liga que proteja al pueblo contra la intoxicación de la opinión pública realizada por la prensa que diariamente vierte su veneno gota a gota y atrofia los cerebros de millares de hombres?

Se pretende que el espíritu militarista disminuye día a día. ¿Cuáles son las pruebas de eso? Palabras sin valor en completa y flagrante oposición con la realidad.

Toda la vida humana soporta desde la más tierna infancia la influencia desastrosa del militarismo; influencia increíblemente fuerte y que la penetra enteramente y mucho más hondo de lo que se figuran la mayor parte de los hombres que no se toman la molestia de reflexionar.

Voy a demostrar cuan impregnada está de espíritu militar nuestra sociedad.

¿En qué consisten en su mayor parte los juguetes de los niños? Penetrad en los hogares y jugueterías y lo veréis: sables, fusiles, banderas, tambores; lo que indudablemente inclina al niño desde la infancia a una marcada predilección por los instrumentos de muerte. En vez de alejar de él esas reproducciones vergonzosas, se le familiariza con ellas. Jugar a los soldaditos es una ocupación favorita de los niños y para darse cuenta de la influencia que esas preferencias ejercen en la mentalidad del niño, basta fijarse en que cada vez que por las calles pasa un regimiento llevando a la cabeza su música, siempre va rodeado de niños que, naturalmente, sienten admiración por esos soldados, y se proponen imitarles cuando sean grandes.

En la enseñanza, el espíritu militar ejerce una gran influencia. Examinad los libros de texto y sus ilustraciones y veréis cuánto lugar ocupan en ellos los soldados y los combates! Y en los libros de lectura, toda clase de relatos de actos heroicos realizados sobre el campo de batalla!

¿Cuáles son nuestros héroes? No son, seguramente, los preferidos, los que se han distinguido en el dominio de la ciencia, del arte; los que realizaron descubrimientos, invenciones.

La historia es, en todas partes, un encadenamiento de batallas, y sólo de tarde en tarde se sale del cansador estribillo: "éste derrotó a aquél y fué un príncipe poderoso".

El espíritu de los niños es constantemente falseado, tanto por los juguetes como por las estampas, y muy frecuentemente sin que los educadores lo hagan con una intención premeditada.

¿No es falsear la educación el presentar a la consideración infantil, bajo el nombre de héroes, solamente a los hombres que se han distinguido en las artes de la guerra?

En tanto, Lutero, cuando a pesar de las advertencias de sus amigos, fué a la dieta de Worms, demostró mucho más valor que muchos militares que en un raptó de locura dan pruebas de una bestialidad horrible en perjuicio de sus semejantes. Zola, lanzando a la faz de las hordas militares y políticas su célebre *J'accuse*, dió pruebas de un valor mayor, más sereno y más sano que toda esa turba de galoneados que con armas perfeccionadas marchan con apostura heroica a combatir indígenas o mal armados y desnudos. El médico que desprecia la muerte yendo a curar enfermos contagiosos y estudia los caracteres de esa enfermedad, demuestra un valor muy superior y más benéfico para la humanidad que cualquier arrastrable cuyos méritos se miden por el número de muertes que ha realizado.

En todos los reinos el monarca es militar ante todo. Apenas un príncipe sabe tenerse en pie, ya le

nombran jefe del ejército, y es cosa muy natural que todo príncipe sea jefe del ejército o de la marina y aprovechen todos los actos públicos para mostrarse vestidos de uniforme a la admiración de los tontos. Todos los jefes de Estado tienen lo que llaman su casa militar. ¿Para qué?

En todos los Estados hay un funcionario que lleva el nombre de ministro de la guerra. A los tales mejor les vendría el título de *ministros de quereilas secas y mojadas*. Todo contribuye a despertar en los príncipes una enfermiza predilección por los asuntos militares, en los que se suponen notabilidades.

Toda nuestra vida social está impregnada de ese espíritu militar. Los hombres, tomados aisladamente, son enemigos, bien enemigos de la guerra; pero, tomados en conjunto, todos hacen lo que pueden para favorecerla, y todo lo más que para evitarla se ha hecho en estos últimos tiempos, fué encubrir el espíritu bélico con el transparente velo de la hipocresía. Mientras con las palabras se precian de amar la paz, con los hechos preparan la guerra.

La comedia más repugnante de estos tiempos ha

sido la realizada en la Haya en 1899. Nada más hipócrita que el mensaje de paz dirigido a las potencias por el zar de Rusia. "La paz, — decía ese mensaje — es el ideal al que deben tender los esfuerzos de todos los gobernantes."

Eso decían las palabras del zar, ved los hechos: 20 de septiembre de 1898: Aumento y fortificación de la flota de cañoneros del mar Caspio. — 15 de noviembre de 1898: Ordena la construcción de dos nuevos acorazados de 12.674 toneladas. — 1.º de diciembre de 1898: 5.000 doukubors de la Caucasia rusa se ven obligados a emigrar al Canadá porque no querían tomar las armas. — 4 de diciembre de 1898: Asesinato premeditado de prisioneros políticos, realizado en Irkoutsk (Siberia), por orden del comandante militar. 14 de diciembre de 1898: Orden de construir 10 nuevos contratorpederos. — 20 de diciembre de 1898: El ministro de la armada anuncia haber calculado en 90 millones de rublos la construcción de nuevos barcos de guerra y nuevos docks para la marina de guerra en San Petersburgo, Finlandia y Port Arthur; aumenta la flota con cuatro acorazados, seis cruceros



¡ LA GUERRA !

y dos cañoneros y creación de una flota de torpederos y contratorpederos. — 12 de enero de 1899: Aumento del presupuesto de 34 millones de rublos para el ejército y de 16 para la marina de guerra. — 18 de enero de 1899: Las tropas rusas de la frontera con el Afganistán son aumentadas al número de 20.000 hombres preparados para marchar contra el Hérat; tres regimientos son enviados a Helsingfors para obtener por la fuerza, del parlamento finlandés, un aumento de tropas en Finlandia. — 19 de enero de 1899: El ministro de marina hace construir un nuevo crucero de primera clase de 6.250 toneladas y dos torpederos de 360. — Se decreta después la construcción de tres acorazados de 12.700 toneladas, dos cruceros, uno de 6.000 y otro de 3.000. ¡Y viva la conferencia de la paz que tales resultados produce!

En ningún país han disminuído en un solo céntimo los presupuestos de guerra después de la famosa conferencia.

En Inglaterra, el presupuesto de guerra de 1899-900 fué superior en 25 millones de francos y el ejército fué considerablemente aumentado en hombres y armas. El gobierno alemán propuso inmediatamente un aumento de 23.000 hombres, lo que en parte fué aceptado. Y los aumentos relativos a la flota, también lo fueron en parte. ¿Qué es esto más que hipocresía? Todos, al decir de ellos, quieren la paz, y, no obstante, aumentan el número de soldados y el peso de los gastos de guerra se hace cada vez más insoportable.

Todo esto prueba el amor que los gobiernos tienen a la paz y dan prueba también de sus sentimientos pacíficos aumentando hasta la locura los contingentes militares.

Es la aplicación de la famosa frase: *Si vis pacem, para bellum*. (Si deseas la paz, prepárate para la guerra.)

El diálogo siguiente muestra todo lo absurdo de esa teoría:

“VECINO 1.º — Querido vecino: estoy muy contento de que siempre hayamos vivido en paz... he aquí porque he comprado un excelente garrote. ¿Queréis verlo?”

VECINO 2.º (*Examinando el madero*) — En efecto, es un excelente palo. Con él se podría, seguramente, hundir el cráneo más resistente. ¡Afortunadamente vivimos en buena inteligencia! Pero, no importa, yo también voy a comprarme un garrote semejante, aunque sería mucho más sensato emplear el dinero en otras cosas útiles y necesarias en mi hogar.

(Algún tiempo después.)

VECINO 1.º — Mira, vecino. Me he deshecho del garrote. Se lo vendí a otro menos civilizado que nosotros, pues, todo bien pensado, paréceme grosero, eso de pelear a garrotazos. ¡Mira qué sable! ¿No te parece que es de mucho más fácil manejo y más elegante? ¡Qué contento estoy de esta adquisición! ¡Qué suerte que vivamos en buena armonía!

VECINO 2.º (*Examinando el arma*) — Realmente, es una suerte ser cristianos y civilizados, porque en ello descansa la paz. Yo también voy a comprarme un sable. Tiene usted razón, el palo es un tanto... pagano.

(Algún tiempo después)

VECINO 1.º — ¡Eh, vecino! ¡Ven a ver! ¡Tengo un fusil! ¡Míralo que hermoso! ¡Es mucho más cómodo, elegante y eficaz! Lo guardaré... ya que vivimos en paz.

VECINO 2.º (*Examinando el arma*) — Muy bonito en efecto. Es un arma muy elegante. Voy a comprar yo también uno para mí.

Una vez en su casa el VECINO 2.º, dice a su mujer: —Me vas a dar unos pesos para comprar un fusil. —¡Dinero para un fusil, cuando no tengo para vestir a los chicos! ¡Tú estás loco!

—Vaya, déjate de cuentos. Tú no entiendes de esto. Busca el dinero.

—¿Dónde? Si ya no tengo de dónde ni de qué sacarlo...

—Bueno; pues mira, como los muchachos ya van siendo grandes, pronto trabajarán y podrán pagar nuestras deudas. Con un pequeño interés se podría...

LOS HIJOS — ¡Tenemos hambre! ¡Queremos pan!

—¡Silencio! ¡No quiero gritos! Tenéis derecho de pasar hambre, pero no lo tenéis de gritar. ¡Al que alborote lo aplasto!

La madre y los niños lloran todos a la vez y el padre les aplica, por amor a la paz, una soberbia paliza.

Después los dos vecinos siguen en su conversación. Luego, como algunos de los hijos protestan, arman a algunos de los hermanos para que fusilen a los descontentos de la autoridad paternal. Las privaciones y el hambre aumentan el descontento y los dos vecinos viven angustiados.

¿Qué diríamos de dos personas que se condujeran de tal modo? Que eran locos, seguramente.

Sin embargo, las relaciones entre las potencias son así, y los gobiernos tratan a los pueblos tal como esos vecinos tratan a sus hijos.

Ya Mostequeu lo dijo hace más de siglo y medio: “Una nueva enfermedad se ha extendido por Europa: la fiebre de los armamentos.”

Cada monarca tiene en pie de guerra tantos hombres como tendría si la nación estuviera amenazada de ser exterminada. Y este estado de fuerza de todos contra todos se llama paz. Bien pronto, a fuerza de hacer soldados, no tendremos más que soldados en todas partes. Las consecuencias de semejante cosa, son el constante aumento de los impuestos. Ya no se puede más.

Parece como si los gobiernos se hubieran propuesto ver quien de ellos arruina más pronto y definitivamente a su pueblo.

Se habla de humanizar la guerra. ¿Quiérese mayor hipocresía?

Tal idea es tan ridícula como la de mejorar las prisiones. La única mejora es la de demoler las cárceles y suprimir la guerra. ¿Acaso las balas humanizadas no harían víctimas? Quizá se pretenda munirlas de un emplasto que cure la herida que ocasione.

La mejor manera de humanizarlas es no servirse de ellas.

* * *

Si no nos equivocamos, nos hallamos ante un período de reacción. Roma es más poderosa que nunca, sobre todo por los capitales de que dispone y por una legión de frailes con los cuales puede contar: *perinde ac cadaver*. La iglesia y el militarismo marchan al par, y el capitalismo proclamará al papa jefe del mundo antes que consentir que el pueblo se poseione de sus derechos.

El burgués, fingiendo detestar la guerra, desea, en el fondo, un gobierno fuerte, capaz de mantener en la más ciega obediencia a las masas obreras.

La autoridad no puede por otra parte, sustentarse sin el militarismo, sin los medios de combatir a quienquiera que pretenda oponerse a ella.

* * *

Ahora bien; ¿cuál debe ser nuestra actitud frente al militarismo? Hay que encarar francamente este principalísimo problema.

Nada adelantamos con las frases y las platónicas declaraciones con que hacemos a los burgueses responsables ante la historia y la humanidad. Tales resoluciones son excelentes para las empresas y conferencias de la paz. Los gobiernos se rien de ellas y prosiguen tranquilamente su labor.

Si en 1891, en el congreso internacional de Bruselas, los socialistas hubieran tenido el valor de aceptar la resolución de que responderían con la huelga general a toda declaración de guerra, creo — soy general crédulo para ello — que en diez años de activa propaganda de ese propósito, estaríamos algo más adelantados que hoy.

¿Dónde van los tiempos en que Julio Guesde escribía: “Estamos resueltos, y también deben estarlo los socialistas, a arrojar la revolución entre las piernas de los ejércitos en marcha”?

Tiene el socialismo una vocación revolucionaria y libertadora, pero es preciso también que tenga la *osadía* de proceder. Y es preciso que cuando vea que las potencias, o mejor, los gobernantes o, lo que es más exacto aún, cuando vea que los banqueros están a punto de realizar el horrible crimen de desencadenar sobre el mundo el asolador vendaval de los males de la guerra, les repita las palabras de Danton a las potencias coaligadas: *¡Os arrojaremos sobre el cadalso una cabeza de rey en señal de desafío!*

Defendámonos de los gobernantes y capitalistas, que para defender sus fines particulares conducen a los pueblos al degüello. El medio está hallado. El soldado que piensa no permanece en las filas. Hagámonosle pensar entonces. Eso modificará la situación del pueblo. Nada de lo que pueda hacerse en tal sentido debe ser descuidado.

Vamos a enumerar algunos de los medios que pueden emplearse para estrechar más los lazos que unen los distintos pueblos. Emilio Laveleye, en su excelente libro *Des causes actuelles de guerre en Europe et l'arbitrage*, da algunos. Los completaremos:

I. Disminución (léase *abolición*) de los derechos de importación, tratados de comercio y reciprocidad, y si puede ser, abolición completa de las aduanas. Todo lo que aísla a los hombres les induce a la guerra; todos lo que les acerca les induce a la paz.

II. Reducir las tarifas para el transporte de las mercaderías, cartas y telegramas, a fin de multiplicar en todo lo posible el intercambio de productos y de ideas.

III. Adoptar en todos los países igual sistema monetario, de pesas y medidas e idénticas leyes comerciales, no solamente para facilitar las transacciones,

sino también para que esta uniformidad haga conocer de una manera práctica el poder de los lazos que unen a todos los pueblos.

IV. Acordar a los extranjeros iguales derechos civiles que a los nacionales, a fin de que el hombre halle en todas partes una patria y también para que un lógico sentimiento de fraternidad cosmopolita, reemplace poco a poco al de la nacionalidad exclusiva.

V. Favorecer la enseñanza de los idiomas extranjeros, de la geografía y de todas las nociones relativas a la situación de los países extranjeros. Cuando los hombres se conozcan verán que en todas partes tienen la misma naturaleza, las mismas necesidades e iguales intereses.

VI. Multiplicar los libros y obras de arte que hacen amar la paz y detestar la guerra.

VII. Apoyar en todas partes el poder representativo y quitar al ejecutivo el derecho de declarar la guerra y la paz.

El pueblo entero deberá decidir de su propia suerte. La cuestión de guerra o de paz debe ser motivo de un llamado al pueblo y de tal manera que los que voten la guerra deberán ser obligados a ir a ella.

VIII. Favorecer las empresas industriales que dediquen las economías de un país a la obra de valorizar las riquezas naturales de los otros, de manera que haciéndose el capital cosmopolita los intereses de todos los capitalistas se hagan solidarios.

IX. El clero debería, a ejemplo de los *cuáqueros*, hacer penetrar en el alma del pueblo este horror a la guerra que es el espíritu mismo del cristianismo y que, al fin, distinguiría a los cristianos de los salvajes.

Laveleye tiene aún alguna confianza en el clero, a pesar de haber reconocido que en la historia se ven en todas las épocas guerras ocasionadas por los sacerdotes, o, cuando menos, sostenidas por ellos, y jamás se ha visto que el clero haya procurado im-



DESPUES DE LA BATALLA ...

pedir una guerra. Son los sacerdotes quienes bendicen las armas, las banderas y los ejércitos, implorando para ellos la protección de su dios, al que, en actos públicos, dan las gracias por las victorias obtenidas a costa de tanta sangre y tantas vidas. Esta hipocresía de la religión es una de las más grandes y repugnantes farsas con que los sacerdotes deshonran la memoria de Cristo.

El emperador Guillermo ha podido decir a sus soldados en ocasión del juramento prestado por ellos, estas palabras, que no han tenido una voz de protesta: "Vosotros me pertenecéis en cuerpo y alma. Desde hoy, para vosotros no existe más enemigo que el que lo sea mío. Tal vez, debido a los actuales conflictos socialistas, pueda ocurrir que yo tenga que ordenaros hacer fuego contra vuestros amigos, parientes, padres, hermanos y quizás también ¡no lo quiera dios! contra vuestras madres, pues aun entonces tenéis que obedecer mis órdenes sin vacilar!"

¡He ahí un cristiano (!) que sin que la iglesia proteste, confiesa que los soldados son sus esclavos y deben, en provecho de su amo, matar a sus hermanos y a sus padres!

Tolstói se indignó tanto al conocer esas palabras sacrílegas, que dijo: "Este hombre enfermo, ebrio de poder, insulta con sus palabras cuanto de más preciado hay para el corazón del hombre moderno; y los cristianos, los liberales, los hombres instruidos, todos, en fin, lejos de indignarse por tal ofensa, ni siquiera la notan".

A los medios propuestos por Laveleye vamos a agregar algunos otros que nos parecen más eficaces:

X. Existe una Internacional Amarilla formada por los sindicatos de capitalistas, que hacen causa común contra los trabajadores mucho más eficazmente que éstos contra los capitalistas. Existe también una Internacional Negra, formada por Roma con su ejército de sacerdotes y religiosas que, penetrando en el íntimo círculo del hogar, realiza en él sus trabajos de zapa. Es necesaria, pues, una Internacional Roja, absolutamente revolucionaria. La guerra nunca es un bien para los trabajadores y cuando éstos comprendan sus verdaderos intereses, serán un freno contra las perversas maquinaciones de los gobernantes. Trabajo y guerra son dos antítesis.

El soldado no da a la sociedad ningún trabajo productivo; por el contrario, vive a expensas del trabajador. El soldado es un verdadero parásito.

Suponed una sociedad de 5.000 habitantes, que entre ellos haya 1.000 adultos que con su trabajo sostienen la colectividad. Si de éstos se toman 200 para el servicio de las armas, ¿cuáles serían las consecuencias para el bienestar de la población? Primero cada obrero sostenía 5 personas; después quedan 800 que deben sostener a las otras 4.000 y a los otros 200 soldados, es decir, a 4.200 personas, lo que significa que cada obrero tiene que sostener a seis individuos y medio.

A medida que los ejércitos aumentan, aumenta también el número de parásitos a quienes hay que mantener. Lo peor es que el soldado, además de ser un parásito que consume sin producir, destruye lo que los demás producen.

Los animales son superiores al hombre; matan para proveerse de alimento, pero los hombres, los seres más crueles de la creación, son los únicos que matan por matar.

Lo hacen con tal refinamiento, con tal crueldad, que el gato que juega con el ratón antes de ultimarle, hace una nifería comparado con ellos. Hay entre las aves un pájaro, que puede verse en ciertos jardines zoológicos, que está dotado de un invencible disgusto por las aves peleadoras. Cuando este pájaro ha sido domesticado cosa que se consigue fácilmente, se le instala en el gallinero, donde desempeña las funciones de juez. Así, cuando dos gallos se disputan una misma gallina y quieren batirse a muerte, el pájaro en cuestión asume las funciones judiciales sin consideración de personas. Reparte algunos picotazos entre ambos combatientes y los pone en paz. Si alguien

entre los hombres intentara imitar a semejante pájaro, tendría bastante que hacer.

Dice Novicow que hay cerca de tres millones y medio de hombres bajo banderas. Si no fueran soldados se entregarían a ocupaciones productivas, y ganando nada más que mil francos anuales por cabeza, podrían producir 3800 millones de francos. Los 4.500 millones que los gastos militares absorben hoy, bien podrían producir el 5 por ciento si se les aplicara a empresas industriales y agrícolas, con lo que producirían 225 millones. ¿Cuántas riquezas derrochadas y cuántas no producidas!

Y, naturalmente, hay otras muchas que escapan a toda evaluación. Si todos estos millones que se malgastan en alimentar al monstruo militar fueran empleados en empresas nuevas, producirían beneficios tales, que escapan a todo cálculo.

El trabajo produce, la guerra destruye; ¿cuál puede ser entonces la relación entre estos dos antípodas? Los trabajadores son conducidos a la guerra como el ganado al matadero, sin saber por qué van a la muerte. ¿No es estúpido dejarse matar por el gusto y la conveniencia de otros, ya que el trabajador no saca de la guerra ninguna ventaja ni provecho?

Los lazos de fraternidad entre todos los trabajadores del mundo, darán como consecuencia poner un poderoso freno a todas las tenebrosas ambiciones de los poderosos de la Tierra. La Internacional de los reyes, es la guerra para oprimir a los pueblos y mantenerlos en la esclavitud según la voluntad de los opresores.

XI. Supresión de los reyes, los presidentes, parlamentos, etc., por ser instituciones probadamente adversas a la paz.

¿Acaso el emperador Guillermo no constituye un verdadero peligro para la paz? Tales instituciones son una antigualla sin más objeto que el de ser instrumentos en manos de los capitalistas para servir a sus intereses personales contra los intereses de los pueblos. Son una amenaza para la paz.

XII. Abolición de los embajadores porque son un anacronismo en este siglo de vías férreas, telegráficas y telefónicas. No son necesarios, son costosos y constituyen en las grandes naciones un peligro permanente, porque se ejercitan en forjar intrigas y buscar complicaciones para después manejarlas a su gusto. Se trata de poner la paz en peligro para aparentar después que se esfuerzan en salvarla y de esta manera formarse una fama de perfecta habilidad. En los pequeños países, los embajadores no sirven más que para ornamento de cenas y balles. Leroy-Beaulieu ha dicho que no puede comprender qué interés haber en tener embajadores.

XIII. Reformar la enseñanza de la historia.

¿Qué viene a ser la historia en la mayor parte de los libros? Una reseña de batallas y de reyes. Nada nos dice de cómo el pueblo trabajaba, vivía y pensaba. Sin embargo, la historia de los campesinos, de los artesanos, de los trabajadores, del pueblo, en fin, es mucho más instructiva e interesante que la de los haraganes, de la nobleza, de los reyes y de la clerecía. La historia del arado y de la carretilla, es mucho más importante para la civilización que la de Gabriela d'Estrées, de la condesa Dubarry y de madama Pompadour y todas las demás concubinas de los reyes.

La historia debe convertirse en historia de la civilización: las matanzas y asesinatos son más bien la historia del canibalismo y nada tienen que hacer con la civilización.

En la educación también es preciso dejar de lado todo espíritu guerrero. Nada de juguetes, libros ni estampas que puedan desarrollar el espíritu militarista en los niños.

XIV. Abolición de los ejércitos permanentes.

La guerra se desarrolla a causa de los ejércitos. La paz armada me parece más absurda y perjudicial que la guerra. La guerra dura algún tiempo, pero tiene un término; la paz armada es un estado permanente. Una constante sangría social. ¡Cuánto

dinero — es decir, trabajo del pueblo — cuestan a la sociedad los ejércitos permanentes! ¡Cuántos brazos arrancados al trabajo útil!

El célebre darwinista Haeckel ha podido decir en su *Histoire de la création des êtres organisés d'après les lois naturelles*: "Una dominación que era desconocida, el fatal militarismo, la sangría de Europa actual, ha obtenido, con el servicio militar obligatorio para todos, una institución republicana, ligada con el ejército permanente, que sirve para el servicio dinástico absoluto para formar un monstruo contra natura."

"Todos los débiles, los enfermos y raquíticos son dispensados del servicio militar y quedan en sus hogares durante la guerra, con lo cual, casándose, se multiplican y engendran una generación miserable. Cuanto más débil y enfermizo, más seguridad tiene un hombre de escapar al servicio de las armas. Y cuando la flor de la juventud perece en los campos de batalla, la resaca, lo menos útil, tiene la satisfacción de ayuntarse y transmitir a sus hijos y a la especie sus defectos y raquitismo."

"Según todo lo que se sabe acerca de las leyes de la herencia, la debilidad del cuerpo y del espíritu se corresponden. No hay entonces por qué asombrarse de que la debilidad del cuerpo y del carácter sea cada vez mayor entre los pueblos civilizados y que cada día sean más raros entre los hombres los cuerpos fuertes y sanos y los espíritus libres e independientes. Se efectúa por el militarismo una selección al revés, pues según se ve no son los más viriles y los mejores los que sobreviven y se multiplican; al contrario son los negativos de la fuerza y la salud los vencedores."

"En relación con los asombrosos progresos de las ciencias naturales, nuestro sistema de gobierno, de

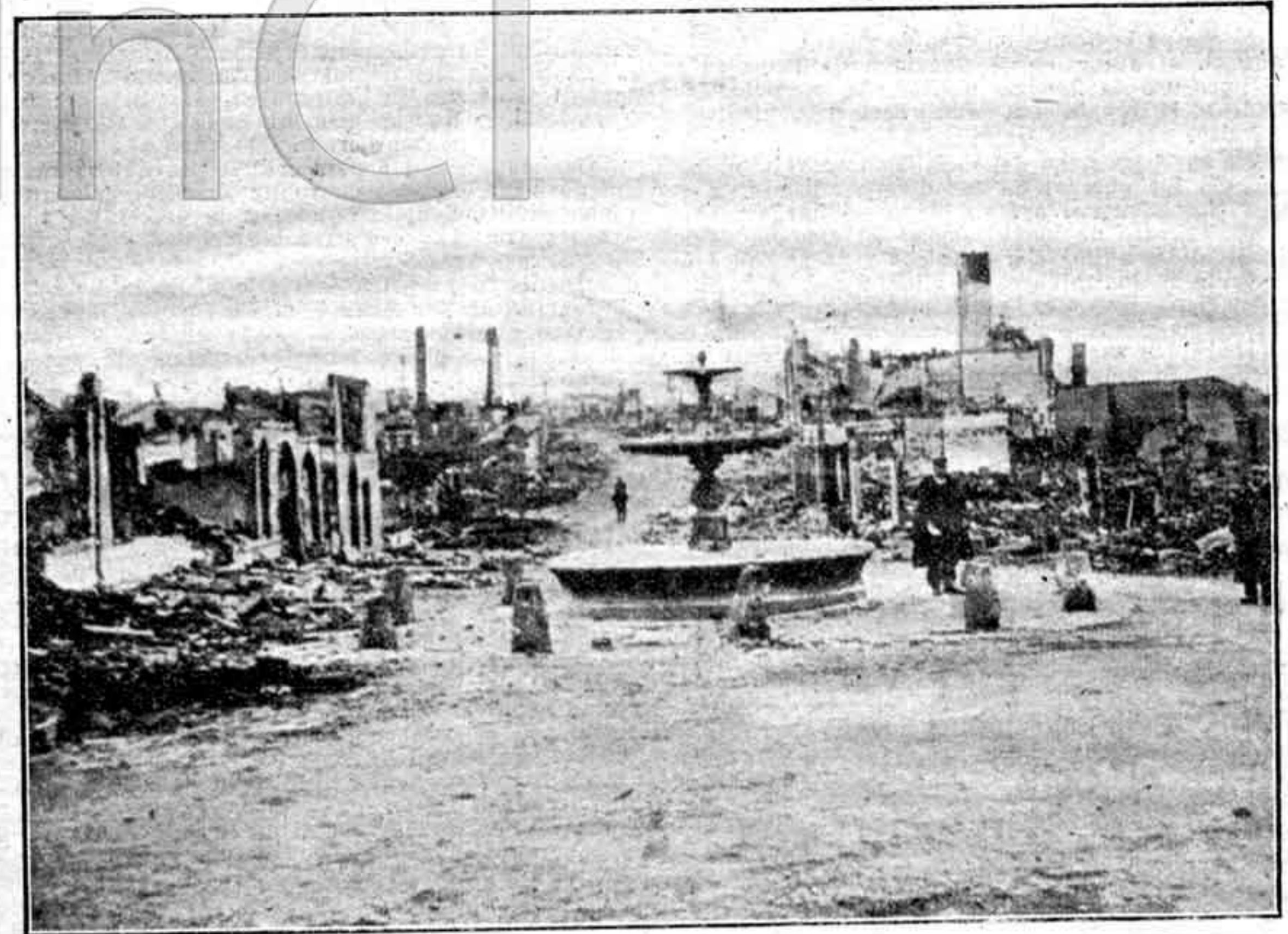
administración de justicia y de educación y toda nuestra organización social y moral permanecen en estado de barbarie".

¿Y la influencia funesta de la vida militar de los cuarteles — la escuelas de civilización, como los señores militaristas quieren hacernos creer? Nosotros sabemos ¡ya lo creo! que la civilización cuartelera se parece mucho a una *sifilización!*

XV. Arbitraje.

Cuando los habitantes de un país civilizado tienen alguna cuestión, no buscan batirse, sino entenderse por medio del arbitraje. ¿Por qué no proceden del mismo modo las naciones para dirimir sus disputas? Ya en su libro *La guerra y la paz*, dijo Hugo Grotius que la parte que rehusa ir al arbitraje puede ser sospechada de mala fe. Ciertamente, nosotros nos echamos a reír cada vez se habla del "derecho de guerra", toda vez que decir derecho de guerra es como decir círculo cuadrado, ya que el derecho excluye la guerra y la guerra el derecho. El mismo "derecho" de los pueblos que se enseña en las universidades, es una curiosidad de la que, en la práctica, nadie se cuida. Ese tal derecho lo hemos visto en las balas dum-dum que los ingleses utilizaron en Sudáfrica, y la verdad es que, quierase o no, el que triunfa aunque sea pecando contra la Convención de Ginebra y todas las demás convenciones, es considerado como héroe mucho más que el que resulta vencido por ser fiel a esas convenciones. El que puede destruir por cualquier medio un ejército enemigo en un segundo, hará, al regresar a su país, una entrada triunfal y será cubierto de flores y laureles por sus compatriotas. Recordad al efecto los nombres de los grandes asesinos militares de todos los países.

El arbitraje no es un medio infalible para todos



La virtud creadora de la guerra: después del bombardeo

los casos. Sin embargo, son ya más de una las guerras que el arbitraje evita. El caso no es tan raro como se cree y no vemos por qué no se ha de adoptar el temperamento con que se pueden evitar algunas calamidades.

XVI. Federación de los diversos países de Europa. Las guerras entre provincias, entre ciudades, han concluido desde que se estableció la unidad en un Estado. Ahora son los Estados los que hacen la guerra. Esta se concluirá cuando se haya reunido diversos Estados autónomos en una Federación. Todas las cuestiones entre Estados desaparecerían. Es esto cuestión de tiempo y de civilización.

En *Les Gaspillages des sociétés modernes* dice Novicow: "Esta unión se realizará, no el día que seamos tiernos como palomas y en que nos amemos como hermanos, sino el día en que la encontremos de acuerdo con nuestros intereses. Bastaría que las clases dirigentes la quisieran. Entonces, desembarazado cada cual del peso de la mutua explotación, gozará, al fin, por vez primera desde los orígenes del mundo, del íntegro producto de su trabajo".

Esto es exagerado. La federación de las naciones europeas no puede alcanzar tales efectos, pues si tal fuese cierto, las clases dirigentes jamás consentirían en ella. Sólo la Anarquía puede producir tan trascendentales resultados.

XVII. La huelga militar y general en caso de guerra.

En el congreso de la Internacional de 1868, se adoptó por unanimidad la moción siguiente: "El congreso recomienda especialmente a los trabajadores, que suspendan toda clase de trabajo en caso de que estallara una guerra en su respectivo país. El congreso confía lo suficiente en el espíritu de solidaridad que anima a todos los trabajadores de todos los países que no negarán su apoyo a esta guerra de los pueblos contra la guerra".

Esto era ya la huelga en caso de guerra.

Cuando el autor, en el Congreso de Bruselas en 1891, propuso la huelga militar, la oposición fué grande y la proposición fué declarada utópica y fantástica.

¡Este es el progreso del socialismo en veinte años!

Cuando los obreros de los diversos países se rehúsan a presentarse a las filas, ¿qué harán los gobiernos en caso de movilización? El ejemplo de los más decididos animará a los otros y no se podrá encarcelar a tantos millares de ellos. Quizá se fusile a algunos para sostener la disciplina, pero ¿acaso no hay medios de responder a este procedimiento ferroz? La insurrección armada sería una lógica consecuencia. El más poderoso de los gobiernos resulta impotente para obligarnos a cumplir la menor orden si todos rehusamos obedecer. En todo caso se lucharía contra el gobierno.

Los obreros de todos los países son amigos porque tienen intereses comunes. Los enemigos del pueblo son sus opresores, que son poderosos en todas partes y su derrota es la emancipación de los obreros.

Los gobiernos deben tener presente que los anarquistas no serán tan ingenuos o estúpidos como para degollarse entre sí porque tal cosa convenga a sus verdaderos enemigos los capitalistas. El más hermoso instante del 18 de marzo de 1871, fué aquel en que los soldados fraternizaron con sus hermanos los trabajadores. Hay que propagar en todas partes la fraternización de los soldados frente a sus jefes, que seguramente palidecerán de espanto ante este espectáculo grandioso.

El desarrollo del militarismo y el perfeccionamiento de las armas de guerra han hecho imposible la lucha del pueblo en las calles y barricadas. Por esto es necesario disponer de dinamita para la lucha. En el drama de la emancipación obrera, la dinamita o cualquier otro explosivo puede tener la misma importancia que la pólvora de cañón tuvo en los sitios de la edad media. Federico Engels dijo un día: "Dad a cada ciudadano un buen fusil y cincuenta car-

tuchos y tendréis la mejor garantía para la libertad de un pueblo". Nosotros decimos hoy: Dad a cada ciudadano cincuenta cartuchos de dinamita y tendréis la mejor garantía para la libertad y contra las arbitrariedades de la policía y de los gobiernos.

Pero hay también en manos de los obreros otros medios de impedir la guerra. Suponed, por ejemplo, que los obreros de los transportes fluviales y terrestres, de los puertos, vías férreas, etcétera, declaren la huelga, ¿cómo haría el gobierno para movilizar las tropas? Los ejércitos estarían imposibilitados de aproximarse y ese debe ser el objeto de la huelga.

La idea de la huelga militar se abrirá camino. Hagamos lo posible para que los anarquistas, los únicos verdaderos revolucionarios internacionalistas, comprendan, en fin, que los obreros no deben arriesgar su sangre sino para combatir al único y verdadero enemigo: el capitalismo.

XVIII. La resistencia pasiva y la negativa individual a prestar el servicio de las armas.

Lo que la huelga hace colectivamente, lo puede hacer el individuo con la resistencia pasiva. Negarse a prestar servicio militar es uno de los medios propios de lucha contra los gobiernos. Pero esta negativa exige una extraordinaria fuerza moral, pues es necesaria una voluntad casi sobrehumana para resistir a las mortificaciones a que tal acto nos expone.

A este respecto merece ser recordado el ejemplo dado por los doukhobors rusos, que a pesar de todos los sufrimientos se negaron a servir.

En Holanda hubo también algunos casos. Uno de ellos, el de un anarquista cristiano, que después de sufrir el castigo de algunos meses de cárcel, sucumbió. Otro fué el de un anarquista individualista. Después de haber soportado el castigo de un año de cárcel, se le preguntó de nuevo si estaba dispuesto a cumplir el servicio y se negó. Fué condenado otra vez, pero ya como reincidente, a diez y seis meses de cárcel. Su resolución fué inquebrantable.

El retrato fiel de tal carácter puede verse en lo que dejó escrito en las paredes de la prisión: "¡Mis convicciones me son más preciosas que la vida; ésta podré arrancármela, pero mi convicción, jamás!"

Cuando un hombre dice: "Yo no quiero matar", el gobierno, después de veinte siglos de cristianismo y de civilización, lo hunde en la cárcel por malhechor y por peligroso para la sociedad y para el orden actual de cosas.

¡Bien! Yo propongo enviarle un saludo de honor y felicitación por su acto, que me parece mucho más heroico que las bravuras de la guerra. El ejemplo de ese joven ha de tener necesariamente una gran influencia y nos parece que estos actos, que han de multiplicarse forzosamente, anuncian las avanzadas de la sociedad nueva que nada tiene que hacer con la vieja e hipócrita sociedad actual.

XIX. Favorecer el desenvolvimiento general de las condiciones de bienestar en todo el mundo.

Si los hombres tienen algo que perder con la guerra, tendrán interés en conservar la paz. Tiempo llegará en que la guerra será considerada como un resto de barbarie de cuando los hombres veían en la fuerza el único medio de obtener un pretendido derecho. No creemos que la guerra sea la última razón de los pueblos como antes lo fué de los príncipes.

Hubo un tiempo en que se consideraba el duelo como la única salvación del honor. Hoy es cada vez más ridículo creer que el honor tiene algo que ver con el derramamiento de sangre. Otro tanto ocurrirá en la guerra. No se trata de que todos los conflictos terminen, ni de que veamos en el porvenir una sociedad de ángeles; se trata sencillamente de saber por qué el hombre, que es un ser razonable, ha de terminar con la matanza y el crimen todas sus cuestiones.

Un ser que piensa y razona no ha de inclinarse al medio de la violencia, sino al de los argumentos. Razón tenía Federico II cuando dijo que si sus soldados pensarán no permanecerían en las filas. Un ejército es una colección de seres que no piensan;

de instrumentos dóciles con quienes los jefes pueden hacer lo que les da la gana.

El ejército es, por consecuencia, enemigo de la humanidad, porque es contrario al hombre como ser pensante, como carácter y como individualidad.

El principio del servicio militar obligatorio no es otra cosa sino esclavitud y despotismo, por cuya razón el militarismo es un ataque directo a la civilización.

Al reunirnos a la sombra de la bandera roja, olvidamos todas las otras banderas nacionales y cuando el último cañón haya sido destruido por el Anarquismo, que es unitario y civilizador, la bandera blanca de la paz será enarbolada por doquier, pues el triunfo del proletariado es la paz social e internacional, es la república universal sin distinción de nacionalidad, sexo, raza o color.

La huelga y la negativa a prestar servicio militar son los dos medios más eficaces de arrojar la revolución a las piernas de los ejércitos en marcha.

La declaración de guerra es un acto revolucionario por parte de los gobiernos, y tenemos derecho de responder a la revolución con la revolución.

Cuando se es atacado se tiene el derecho de defenderse; y ¿qué otra cosa es la guerra más que un ataque a nuestra vida, a nuestro bienestar, a nuestra libertad y a la humanidad? Defendámonos en nombre de la humanidad y de la civilización contra los cañones y los fusiles de nuestros opresores.

¡Audacia, audacia y siempre audacia! he ahí lo que necesitamos y el triunfo es nuestro, pues la Anarquía es el orden, la paz, la supresión del pauperismo; es la libertad.

G. JENSEN:

LAS MADRES Y LA GUERRA

La guerra mundial ha destruido muchísimas vidas humanas y también muchos valores materiales, aparte ya de lo que ha devastado en el dominio espiritual y moral. De los muertos, que se estiman en diez o quince millones, apenas hablan hoy ya los adversarios de la guerra y los antimilitaristas, y éstos no vacilan en arrancar a la guerra la máscara romántica y en mostrar a los pueblos la horrorosa calavera que se oculta tras ella. Pero los portavoces de la guerra, los azuzadores y los políticos, que están como hienas y buitres en acecho para que se produzcan complicaciones internacionales y se traben en lucha diversas potencias, a fin de caer sobre ellas y sacar buen botín cuando se hayan debilitado bastante, — esos señores no tienen naturalmente ningún interés en hablar mucho de la monstruosa cifra de los muertos y de los espantosamente lisiados; pues de lo contrario en una futura guerra no encontrarían bastantes tontos dispuestos a hacerse matar del modo más horrible en pro de los intereses de especuladores inescrupulosos y sin conciencia.

Es verdad que se decretan honores a los caídos y se hacen fiestas conmemorativas, se erigen cementerios para los héroes y se descubren estatuas, pero eso realmente no se hace por los muertos; sino para tener ocasión de hacer propaganda en pro de un nuevo militarismo y de un nuevo espíritu guerrero. Las víctimas, que queremos designar con profundo sentimiento como degollados inútil y estúpidamente, son llamados "héroes", aunque se debiera tener presente que el concepto de "héroe" abarca el concepto de "voluntariedad"; pero en la última guerra no se habría podido hablar más que de un "heroísmo de la pasividad". La aparatosisidad que se observa por lo general en tales honores a los héroes, así como el nimbo de que se intenta rodear la guerra en la educación de los pequeños y los grandes en la escuela

y en la prensa, demuestran que se cree todavía poder engañar así a los pueblos, enmascarando la guerra con un barniz nacionalista, romántico y heroico. Si consideramos las distintas corrientes nacionalistas en los diversos países, tenemos que confesar que esas aspiraciones reaccionarias tuvieron realmente mucho éxito y que, el que especula con la facilidad para el olvido y con la estupidez de los hombres, no especula en verdad falsamente.

Pero por lo demás, se puede observar que para la sociedad actual se le ha vuelto mucho más fácil olvidar sus muertos que sus pérdidas materiales. De estas últimas se habla más a menudo que de los muertos. El que quisiera medir la cultura según el mayor o menor aprecio y la mayor o menor santidad de la vida del individuo, llegaría en este mundo a un resultado terriblemente depresivo. En este aspecto no necesitamos más que pensar en los muchos asesinatos perpetrados después de la guerra contra personas de pensamientos avanzados. En la guerra se hablaba sólo de la vida del prójimo como de un material humano. El hombre se había convertido en una cosa y el derroche que se hizo de esa cosa hace deducir que el material humano estaba a más bajo precio que el resto del material de guerra.

Hay cabezas extraviadas y otras que consideran la guerra y la violencia como necesidades permanentes. Según su opinión las guerras existirán en tanto que haya hombres. Tales gentes no creen en una evolución espiritual y ética. O si creen en ella, la siguen desde el principio de la lucha por la existencia, de la lucha de todos contra todos y no saben cuán extraviada es esa deducción, pues la lucha por la existencia no necesita degenerar en una lucha de todos contra todos, y junto a la lucha por la existencia el impulso de la ayuda mutua hará avanzar el desenvolvimiento material y sobre todo espiritual a

pesar de todas las luchas, guerras y obstáculos reaccionarios. Hablar de la guerra como de un mal necesario es un absurdo. No hay de ninguna manera males necesarios, y en tanto que se muestren tales, tienen que ser superados y extirpados. Los hombres nacen para la vida y no para aspirar a degollarse en masa. Los hombres requieren lo que necesitan para una vida racional. El que ejerce la violencia, el que descubre instrumentos de muerte, los fabrica o los emplea contra otros hombres, es un enemigo de la vida, un reaccionario; pues la violencia, el militarismo y la guerra son los peores impedimentos a la cultura que se pueden imaginar, son los símbolos de la muerte violenta. La muerte violentamente producida es un asesinato. Es imposible imaginar cómo es el corazón y el cerebro de un hombre que inspira a millares, más aun, que les ordena luchar, asesinar y dejarse asesinar por ideales o fines que no son los propios.

A los poderes de la muerte hay que oponer las madres, cuyo destino, cuya misión fué vencer la muerte por la creación de nueva vida. Ellas son las llamadas por la naturaleza para la lucha contra el militarismo y la guerra. De su seno mana la vida, ellas la conservan y la cuidan ¿pero cómo? Todos sus dolores, esfuerzos y preocupaciones ¿deben servir ex-

clusivamente para entregar a la guerra y a sus organizadores "material humano" para el consumo? El Estado, que registra a los hombres al nacer, que los cría con maestros y madres para sus fines y en caso de guerra dispone arbitrariamente de su cuerpo y de su vida, es el peor esclavista que se puede pensar. Tan arbitrariamente no podían proceder siquiera con sus esclavos los propietarios griegos y romanos de la antigüedad. ¿Puede haber una degradación mayor de la maternidad que la deshumanización del fruto de sus entrañas por el adiestramiento militar y su preparación para el asesinato en masa?

Madres que lleváis bajo vuestro corazón durante nueve meses la vida del futuro, lo alimentáis con vuestra sangre y lo ponéis en el mundo con dolores y peligro de muerte, lo nutris a vuestro pecho y lo protegéis y criáis ¿podéis continuar tolerando que se siga llevando a vuestros hijos al matadero? La persona normal de corazón y de cerebro tiene que ser adversaria de la guerra. ¿Cómo podría dejar de serlo una madre, cuyo ser más querido es amenazado por la guerra? Con el continuo perfeccionamiento de las horribles máquinas de masaerar, la técnica de la navegación aérea y los gases venenosos, la guerra moderna alcanzó una posibilidad de extensión que, llegado el caso, no sólo involucra en su zona de peligro



a las tropas combatientes, sino a todos los hombres, grandes o pequeños, varones o mujeres. En lo sucesivo no sólo él, madre, tu hijo, esposa, tu marido vestido de uniforme, sino todo el mundo será amenazado y alcanzado por los efectos aniquiladores de los modernos medios de guerra. Amenazan todavía muchos otros peligros: ¿habéis olvidado qué miseria se os ha presentado como alimento a vosotras y a los vuestros? ¿Recordáis todavía como aumentaron las cifras de la mortalidad infantil? Y luego las conse-



cuencias: la miserable inflación, la carestía, la penuria de la vivienda, que todavía no ha sido superada, y la formidable desocupación. Cosas todas apropiadas para reducir al mínimo la vida y la alegría de la vida.

Se ha presentado la guerra siempre por otra parte como un asunto de los hombres; pero en realidad importa a todos los seres humanos y especialmente a las madres que están llamadas a crear nuevas vidas. Si antes las guerras traían como séquito con frecuencia la peste, la guerra moderna es la peste misma. Eludid pues los teóricos y los fanáticos de la guerra, porque infestan y corrompen los espíritus. El que les sigue, es conducido a la muerte.

¡Madres, reconoced el peligro que viene de esa parte! Protestad cuando es tocada por la guerra, la vio-

lencia y el militarismo la santidad de la vida que tenéis que proteger. Mantened a vuestros hijos lejos de educadores que se atreven, después de las experiencias y los acontecimientos de la guerra mundial, a alabar la guerra como una potencia moral, como una aventura romántica o como un grandioso acontecimiento. ¡Madres, no entreguéis vuestros hijos al Moloch! No permitáis una nueva guerra, vuestra verdadera misión está en servir a la vida y no a la muerte. Si la vida tiene un sentido, no puede ser más que el de ennoblecerla y el de embellecerla, no el de entregarla por los objetivos de algunos poderosos o de algunos grupos de tales.

Muchos millares de mujeres y madres estuvieron durante la guerra última en las fábricas de armamentos y produjeron instrumentos de muerte, con los cuales los hijos de esas madres proletarias se quitaban mutuamente la vida. ¡Qué locura! También ese trabajo era enemigo de la vida e infamaba a las madres. Sabemos que la miseria y las privaciones os impulsaron a ello. La guerra habría debido ser obstaculizada de antemano, como debe ser obstaculizada toda guerra futura, y eso no se hará más que si los proletarios se unifican en la defensa. Para ello se requiere también que las mujeres y las madres comprendan plenamente su misión de renovadoras y preservadoras de la vida y se adhieran a los grupos antimilitaristas y antiguerreros militantes.

Así será vencida por fin la guerra, esa hidra de mil cabezas.

—(::)—

Recapitulación histórica

Según un resumen estadístico de Bodart, desde 1618 a 1905 hubo no menos de 1700 encuentros guerreros serios. Se trata de 1044 batallas terrestres, de 122 batallas marítimas, de 490 asedios y de 44 capitulaciones. La que más duró fué la guerra entre Venecia y Turquía (1644-1699), que se extendió 55 años. La que terminó más pronto fué la de Carlo Alberto y Austria (1849), liquidada en seis días. Francia fué el país que más seguidamente hizo uso de las armas. La cifra de sus empresas de guerra asciende a 1079 (652 batallas terrestres, 63 marítimas, 332 asedios y 32 capitulaciones). La ciudad más largamente sitiada fué Gibraltar, cercada desde 1779 a 1782, es decir 1167 días por los ingleses. En segundo lugar viene Cádiz, mantenida de 1810 a 1812 o sean 903 días por el ejército anglo-español. Sebastopol resistió 346 días, Port Arthur 221; Candia, en 1669, defendida por 20.000 venecianos contra 130.000 turcos, resistió 228 días.

La parte más espantosa de la estadística se refiere a la mortalidad. En Mukdem, de 624.000 combatientes hubo 138.000 muertos; en Sedan la proporción fué de 320.000 a 122.000; en Borodino de 246.000 a 80.000; Waterloo de 192.000 a 50.000; en Plewna de 163.000 a 50.000; En Austerlitz de 148.000 a 46.000; en Solferino de 273.000 a 39.000.

Esas cifras hablan espantosamente contra la guerra y contra el militarismo. ¿Quién podría describir los dolores infinitos, la miseria enorme que ocultan esas cifras? Sin embargo no significan mucho en com-

paración con las dos guerras balcánicas de 1912-13, que dieron cerca de un millón de muertos, y menos aun en comparación con los de la guerra mundial que fueron más de 10 millones. Desde 1878 se han tenido 22 guerras, entre las que se encuentran varias guerras coloniales sangrientas. Las más importantes guerras de los pueblos europeos de esa época son la guerra ruso-turca (1878), la guerra colonial francesa en Túnez (1881), la expedición francesa a Tonking (1885), la expedición francesa a Madagascar (1895), la guerra greco-turca (1896), la lucha de Italia contra Abisinia (1897), la guerra entre España y Estados Unidos (1898), la guerra de los boers (1899), la expedición inglesa al Sudán en el mismo año, la guerra de las potencias aliadas contra los boers en China (1900), la guerra ruso-japonesa (1905), la expedición francesa a Marruecos (1908), la expedición española a Marruecos (1909) y en 14.º lugar la guerra italo-turca (1911). Una guerra en la que no hubo complicado ningún gobierno europeo fué la de China y Japón en 1894. Más recientemente hay que nombrar las dos guerras balcánicas, la guerra mundial y la guerra greco-turca en el Asia menor.

"I n o"



F. OERTER:

El antimilitarismo en Dinamarca

Al estallar la guerra mundial en 1914, en Dinamarca había un gobierno radical en el poder que se sostuvo desde 1913 a 1920. Llegó a esa situación a causa de su programa de reformas y no en último resultado a consecuencia de las demandas antimilitaristas. La socialdemocracia apoyó a ese gobierno y mantuvo una política de paz civil, con lo cual las exigencias de los nacionalistas en favor de los gastos militares y de la movilización fueron aprobados sin dificultades. Por esa parte, pues, no había que esperar ninguna lucha contra la guerra, aunque los socialdemócratas se llamaban con gusto antimilitaristas. Sin embargo la siguiente frase les viene a ellos perfectamente: Antes de la guerra son antimilitaristas, pero cuando la prueba debe darse con ejemplos, entonces son militaristas.

La protesta contra la guerra partió de cuatro jóvenes obreros que pertenecían al movimiento de la juventud socialista (de ideología anarquista) y que el 17 de septiembre de 1915 constituyeron la Asociación de antimilitaristas consecuentes.

Esos jóvenes obreros vieron con repugnancia cómo toda Europa había sido convertida en un baño de sangre por las leyes criminales del servicio militar obligatorio. Estaban convencidos de que el militarismo era el enemigo más peligroso de la clase obrera y decidieron continuar la lucha contra él sin consideración alguna. Se dieron la promesa recíproca de no llegar bajo ninguna circunstancia a ser soldados; querían por su actitud personal suscitar en la juventud obrera danesa la lucha contra la guerra y contra

el servicio militar obligatorio, que ellos se rehusaron consecuentemente a acatar, a fin de forzar a las corporaciones legislativas del país a examinar seriamente el problema. Se colocaron en el terreno de la lucha de clases y fundamentaron su negativa al ingreso en filas con la siguiente declaración:

"Al ministerio de la guerra;

Yo, el abajo suscripto, presento adjuntos mis documentos militares y declaro que no tengo en qué emplearlos, pues no tengo el propósito de acatar la orden de alistamiento.

"Las causas de esta resolución son, entre otras, las siguientes: Considero que está por debajo de mi dignidad humana vestirme un uniforme y presentarme como asesino comisionado del Estado.

"Choca contra mis intereses el pertenecer a una institución que combate ostensiblemente la dura lucha de mi clase, el proletariado, por mejores condiciones de vida.

"Sólo reconozco una obligación de tomar las armas —el deber de tomar las armas contra la opresión y la subyugación de la clase obrera.

"Me rehusó a obedecer bajo cualquier forma la ley del servicio militar obligatorio y estimo esa ley como criminal, pues ella tiene por objetivo mantener las clases desheredadas en la dependencia y defender el poder dominante: el capitalismo.

"Declaro ser socialista revolucionario y no vestir por tanto la librea militar nunca ni rendirme a la calidad de pretoriano del capitalismo.

"Nombre y dirección del suscrito."

Las asociaciones burguesas humanistas y pacifis-

tas, en cuyas filas estaba también el entonces ministro de la guerra, P. Munch, intentaron hacer desistir a nuestros compañeros de su punto de vista, mediante la intervención de conocidas personalidades, y a velar todo el asunto, pero no tuvieron éxito y el carácter socialista de los antimilitaristas consecuentes se manifestó más fuertemente aún.

En los primeros años del movimiento, el número de los refractarios al servicio militar llegó a 13. Se pronunció la primera sentencia y comenzó la agitación. En el diario sindicalista "Solidaritet" tuvieron los refractarios un órgano de defensa que fué de la más grande importancia para el movimiento. Un año después aumentó la cifra de los refractarios a 71, y los trabajadores prestaron el mayor interés a ese movimiento. En casi todos los sindicatos se presentaron mociones para socorrer en todo sentido a los refractarios. Hasta el año 1919 no menos de 60 organizaciones sindicales habían resuelto hacer llegar a los refractarios una suma de 3700 coronas anuales. Se

creó un fondo antimilitarista, el cual ayudó a las familias de los camaradas presos. Sin ese enérgico apoyo de los sindicatos, el movimiento no habría podido adquirir nunca esas proporciones. Los obreros organizados eran conscientes de que se trataba de una cuestión de su clase.

El partido socialdemócrata y las asociaciones pacifistas trataron de silenciar el movimiento, y cuando se hablaba de él se calificaba a los refractarios como fanáticos "exangües". Sin embargo, esos refractarios exangües eran tan vigorosos que realizaron huelgas del hambre de larga duración y se conquistaron la libertad por ese medio. La huelga del hambre fué el arma con la cual prosiguieron su lucha los refractarios al servicio militar, y con eso se atraieron las simpatías de los trabajadores. El hecho de que el Estado, el militarismo, la policía, provistos de todos los medios de la fuerza, tuvieran que suspender la lucha contra los refractarios militares y ponerlos en libertad, hizo que influyeran nuevas fuerzas al movimiento. El curso de la lucha de un refractario era, por lo



general, este: Después del arresto y la condena, el camarada correspondiente se declaraba en huelga del hambre. Las diversas autoridades querían descargarse de la responsabilidad de esa huelga. La huelga más larga duró 22 días. Primero era la cárcel la que se rehusaba a asumir la responsabilidad y enviaba al refractario al hospital. Allí el médico echaba la carga sobre el jefe de clínica, éste sobre el director, y éste, por fin, se dirigía al ministerio. El gobierno no se atrevía a dejar morir a un refractario y lo ponía en libertad por tiempo indeterminado. En la época de 1915 a 1920 se pudieron contar 900 días de huelga de hambre distribuidos sobre todos los miembros de la asociación de antimilitaristas consecuentes. En la misma época, los refractarios expiaron 1807 días de prisión. Cuarenta y cuatro miembros se conquistaron por la huelga del hambre su exención del servicio militar, y además, refractarios que no pertenecían a nuestra asociación han empleado el medio de la huelga del hambre.

La actividad de la asociación fué obstaculizada en gran parte por el hecho que la comisión administrativa estaba casi siempre en la cárcel, de manera que debían ser elegidas a cada instante nuevas comisiones, que sólo después de un tiempo podían proseguir debidamente la propaganda. Sin embargo, a pesar de esas dificultades, creció el movimiento y en 1918 amplió la organización su programa admitiendo también miembros pasivos. Se formó una organización nacional para antimilitaristas consecuentes, que tiene en toda Dinamarca 21 grupos locales con 203 miembros activos y 1400 pasivos, es decir, contribuyentes con la cuota de asociados. Se editó un periódico, "Militærtaegteren", del que aparecieron en total 100.000 ejemplares.

A los soldados se lanzaron manifiestos, difundidos en cuarteles y campamentos militares en grandes tirajes.

En 1918 las autoridades dirigieron un golpe de mano contra la organización. La policía penetró en las oficinas de la asociación nacional de antimilitaristas consecuentes en Copenhague, confiscó todos los impresos y papeles y promovió contra cinco miembros de la comisión una acusación por excitación a desertar y a contravenir las leyes. Entró en vigor en el párrafo de la rebelión. Los presos fueron sentenciados.

El gobierno procedió así:

Primero se modificaron las prescripciones para la revisión. Como a los refractarios no se les podía obligar a ir a la revisión, las autoridades recibieron poder para alistar a las personas a quienes la policía catalogaba como refractarios, sin más requisitos y sin investigación médica.

Si los refractarios se declaraban en huelga del hambre, primero eran internados en un manicomio para investigar sus condiciones mentales; después se dejó sin vigor ese método ridículo, pues los médicos de los manicomios no podían comprobar ningún defecto mental en los pacientes. En algunos casos los médicos se esforzaban por encontrar en los huelguistas del hambre algún motivo para declarar su incapacidad física, con lo cual se libraban de toda responsabilidad. Por ejemplo, un refractario fué declarado inútil para el servicio militar a causa de sus pies planos; pero en total no se libraron de esa manera más que cuatro compañeros.

En general, los refractarios eran condenados a 20 días de prisión, por no presentarse a la revisión; esa

condena se debía descontar en una prisión civil. "Negativa de obediencia contra prescripciones militares", era el delito por el que los refractarios eran castigados a cuatro veces cinco días o a seis veces cinco días de prisión a pan y agua, pena que debía cumplirse en las celdas militares de arresto. Ese castigo debe considerarse muy duro, pues el refractario a causa de la huelga del hambre, tenía que sufrir mucho con el frío. A un compañero se le helaron los dedos de los pies y las orejas.

En algunos casos la administración de la cárcel impuso a los condenados la pena del encadenamiento. Los presos eran encadenados al pavimento, privados de ropa de cama y dejados varios días sin alimentación. El arresto en celdas obscuras fué aplicado también, con lo cual se agravó el destino de los combatientes. Contra algunos se empleó la camisa de fuerza; se trataba aquí de soldados de marina que no quisieron acomodarse a la brutalidad de sus jefes. Un compañero tuvo que pasar en esa situación varios días, aunque ya había entrado antes en la huelga del hambre y su salud había sufrido considerablemente.

El tratamiento más brutal lo pusieron en práctica las autoridades al alimentar por la fuerza a algunos presos. Con tenazas se les abrió la boca, rompiéndose algunos dientes y manando sangre abundante durante horas. La alimentación forzosa fué empleada principalmente en las prisiones civiles y eso después de la aprobación de la ley para el servicio civil. En el hospital militar los refractarios pudieron impedir la alimentación forzosa, amenazando a los médicos con represalias. Pero ocurrió también que cuatro o cinco médicos con sus asistentes cayeron sobre un refractario y lo alimentaron por la fuerza, sin tener éxito, no obstante.

Los refractarios se propusieron hacer que el gobierno suprimiese el servicio militar obligatorio. Después de dos años de lucha ininterrumpida, el gobierno se vió forzado a tratar ese problema. Pero se hizo de una manera singular: en lugar de abolir el servicio militar obligatorio, presentó un proyecto de ley que podía ser interpretada más bien como una ampliación de la ley sobre el servicio militar obligatorio. Esa ley tenía en sus partes esenciales el siguiente contenido:

Los refractarios debían tener la posibilidad de hacer su servicio durante 20 meses como obreros forestales. El ministerio de la guerra y el del interior elaboraron las prescripciones prácticas de esa ley. El que se rehusaba a ese trabajo, era condenado por las autoridades civiles a tres meses de prisión — la primera vez — y a 20 meses de prisión en caso de reincidencia.

Con los debates en el parlamento sobre esa ley se puso de relieve que se quería privar al movimiento de los refractarios de su base de existencia. Es difícil conquistar las simpatías colectivas cuando uno se renusa a cortar leña, mientras que es mucho más fácil obtener las simpatías de la clase obrera con la negativa a hacer el servicio militar. La ley fué aprobada con ayuda de los socialdemócratas.

La asociación de antimilitaristas consecuentes respondió a la aprobación de esa ley con un manifiesto en donde se decía:

"Nuestra lucha es más que nunca ahora una lucha de toda la clase obrera. No cabe duda que ese cuerpo de ejército de soldados del trabajo, que debe levantarse según la proposición del gobierno, se empleará en servicios de rompohuelgas contra el proletariado

organizado. Hemos visto cómo el ejército fué hecho intervenir contra los trabajadores y hay que calcular que los explotadores recibirán en el ejército civil una nueva arma que sabrán emplear seguramente. El soldado armado se empleará en abatir al proletariado y en defender al capitalismo, el soldado civil debe ser empleado, en cambio, para entrar en acción en caso de paralización del trabajo por los trabajadores organizados. Eso es lo que tienen que esperar los obreros de la nueva ley. Si nosotros la aceptamos sin resistencia, la lucha contra el servicio militar obligatorio será postergada por muchos años. Por eso continuamos la lucha y esperamos que nuestros compañeros de clase no nos abandonarán".

El gobierno instaló en lugares distanciados barracas para albergar a los refractarios del servicio militar. Sólo algunos refractarios religiosos prestaron obediencia y se entregaron al servicio civil; pero se trataba de elementos de que hasta entonces no se había oído nada. La ley conquistada por los refractarios socialistas vino a beneficiarles.

Después, los refractarios religiosos solicitaron del

gobierno que abreviara el período de servicio civil. La solicitud se rechazó. Simultáneamente se dió a conocer que cada refractario religioso costaba al gobierno 14.500 coronas.

La lucha contra la ley del servicio civil se continúa, pero sin ayuda de las organizaciones.

En 1926, bajo el gobierno socialdemócrata, fué condenado el ex secretario de la asociación de antimilitaristas consecuentes a tres meses de prisión pero fué libertado a los dos meses, pues era desagradable al gobierno la prisión de refractarios militares, dada su política de desarme.

En 1927 fué condenado un refractario a tres meses, después de haberse conquistado dos veces la libertad por la huelga del hambre; esa pena fué transformada en seis veces de detención de cinco días cada una a pan y agua. Luego fué llamado el condenado a cumplir 20 meses de servicio civil como obrero forestal, lo que también rehusó.

La lucha contra la nueva ley era muy difícil. En las prisiones civiles los médicos podían llevar a cabo libremente la alimentación forzosa, de manera que



¡ABAJO LA GUERRA!

sus víctimas, a causa del debilitamiento personal, tenían que cesar en la lucha. Más de diez años de prisión se dictaron contra los refractarios al servicio civil. Las penas, sin embargo, no fueron cumplidas, pues gracias a la amenaza de huelga general en 1920, los trabajadores consiguieron una amnistía y en 1924 el gobierno socialdemócrata aplicó un emplasto a la conciencia pública lesionada, poniendo en libertad a los refractarios al servicio militar, después de 14 meses de prisión.

La lucha de los refractarios militares fué la causa indirecta de las medidas de extirpación del gobierno contra el movimiento sindicalista en Dinamarca. El 9 de agosto de 1918 un refractario colgó su uniforme en un poste del alumbrado frente a la oficina del sindicato de obreros sin oficio, que se encontraba en el Aaboulevard de Copenhague. Eso dió a la policía el pretexto para proceder contra el sindicato. El órgano sindicalista "Solidaritet" protestó contra el procedimiento policial y la consecuencia fué que tres de los compañeros más activos de la oposición gremial sindicalista fueron detenidos.

Como protesta contra las detenciones y por la liberación de los compañeros, fueron organizados numerosos actos, en los que se presentó la demanda de una huelga general. En uno de esos mítines en Groentorv, Copenhague, se lanzó la consigna de dirigirse a la Bolsa y expulsar a los jugadores y hacer una limpieza en la oficina de reclutamiento militar. Esos actos fueron realizados, hubo un gran escándalo público, resultando nuevas detenciones, nuevas sentencias y en total 25 años de prisión. El presidente de la Asociación de antimilitaristas consecuentes recibió ocho meses de prisión, otros dos miembros de la comisión cuatro meses cada uno. La oposición gremial sindicalista, presentada como inspiradora de los actos aludidos, sufrió un rudo golpe. Después se añadieron otras circunstancias que contribuyeron a que el movimiento sindicalista perdiera más y más su influencia.

Con la terminación de la guerra mundial perdió algo de importancia la lucha de los refractarios. La

formación de la Liga de las Naciones, por la cual debía abolirse supuestamente la guerra entre las naciones, sedujo algunos optimistas y les llevó a prestar fe a esas frases. La energía que había manifestado hasta entonces la lucha contra el militarismo en Dinamarca, fué cediendo visiblemente. A eso se añadió un hecho que aceleró el retroceso de la asociación de los antimilitaristas consecuentes. En el propio campo se hizo oír la voz de que la asociación debía modificar su táctica. La revolución en Rusia había llevado a algunos a la opinión de que había que ir al ejército y dejarse instruir para ser un soldado rojo. Los adversarios de esas ideas señalaron que la asociación de antimilitaristas consecuentes estaba en el terreno de la lucha de clases y que la resistencia debía ser continuada como hasta entonces para abatir la creencia autoritaria. Manifestaron también que los refractarios conocidos, atrapados ya por la ley del servicio civil, no podían llevar a cabo ninguna agitación dentro del ejército. Pero después se puso de relieve que los compañeros que querían continuar la lucha en el cuartel, no podían hacer nada, pues se les había hecho imposible y la lucha se perdió en vaguedades.

Tenemos que dejar sentado desgraciadamente que el proletariado mundial no ha sacado de los terribles años de la guerra la verdadera lección. La lucha de los refractarios en Dinamarca demostró que sólo una pequeña parte de hombres conscientes consiguió hacer valer su voluntad y conmover en sus cimientos el servicio militar obligatorio. Esa lucha no se ha ventilado en vano. Pero no es este el momento de dormir en los laureles. Los compromisos adquiridos por el gobierno danés no nos han llevado a ningún resultado definitivo. El proletariado de todos los países puede aprender en el ejemplo de la lucha de los refractarios militares daneses que sólo por la acción directa puede ser abolido uno de los mayores obstáculos para la supresión de la guerra. Por eso los refractarios militares daneses exhortan a los trabajadores de todos los países a continuar la acción contra el servicio militar obligatorio a fin de asentar la piedra angular de la abolición definitiva de la guerra.



**DESPUES
DE LA
BATALLA**

ALBERT DE JONG

El movimiento obrero revolucionario y el problema colonial

La situación política mundial es dominada actualmente en su mayor parte por las insurrecciones de los pueblos coloniales y semicoloniales, que constituyen el 70 por ciento de la población de toda la tierra.

A pesar de todo su empleo de violencias contra esos pueblos el imperialismo no puede suprimir la causa de las rebeliones y de la resistencia, porque estas surgen de su misma naturaleza. Puede torturar, martirizar, asesinar, mentir, engañar, pero no puede crear condiciones tolerables sin aniquilarse a sí mismo. Los métodos del imperialismo amenazan envenenar a la humanidad e infestar el espíritu humano con enajenada sed de sangre. Ese espíritu constituye un peligro para toda la humanidad. Por eso no basta vencer a los potentados actuales con sus propios medios, sino que importa dirigir la lucha popular de tal manera que lleve en su seno realmente un nuevo espíritu, una nueva concepción de las cosas que pueda unir a los pueblos y ser portador de la nueva cultura que debe florecer sobre la base del trabajo emancipado.

La opresión de los pueblos coloniales tiene en primera línea un carácter económico. La opresión política sólo sirve al objetivo de hacer posible la dominación económica.

La explotación no conoce límites. Sueldos de cincuenta cents. por día en una jornada de 12, 14 y 16 horas, explotación de mujeres y niños sin un día de pausa al año... son fenómenos característicos. En China el 26 por ciento de los obreros de las fábricas son menores de 12 años; el 70 por ciento de los obreros fabriles no tienen un solo día festivo al año. Trabajan siete días a la semana desde el primero de enero al 31 de diciembre, y luego comienzan lo mismo.

La resistencia de los pueblos coloniales tiene en todas partes y siempre en primera línea un carácter económico. No se rebelan contra la dominación extranjera, contra el hecho que el poder de Estado es ejercido por extranjeros, sino que su rebelión tiene como punto de mirada la explotación económica que soportan diariamente. Así pasó también en China.

El movimiento revolucionario-burgués, en parte democrático de aquellos que quieren hacer de China un Estado capitalista independiente, tiene poca influencia, porque no encuentra partidarios en el pueblo. Pero en febrero de 1922 hubo en Honkong una huelga marítima que abarcó 40.000 hombres, se extendió pronto por todos los oficios y llevó a la lucha a 200.000 obreros. En el norte de China siguió una

huelga minera espantosamente aniquilada. En 1923 hubo una huelga general ferroviaria en la línea Pekín-Hankow, en la cual, por orden de los ingleses, fueron muertos diez dirigentes obreros. En 1925 un número de obreros textiles chinos fueron muertos por un capitalista japonés. Obreros y estudiantes protestaron, pero la policía inglesa disparó con ametralladoras sobre los manifestantes inermes. Ese tiroteo se mantuvo varios días. A él respondieron los obreros chinos con una huelga que duró varios meses. Y como se protestara también en otras ciudades y ocurrieran idénticas masacres, estalló una huelga general que duró casi un año, apoyada en un boicot que disminuyó más de la mitad el comercio inglés.

Esos movimientos, surgidos del seno del proletariado mismo, son los que vinieron a beneficiar al movimiento nacionalista-burgués. Como los explotadores en China son extranjeros, es fácil explicarse por qué una rebelión contra la explotación recibió un carácter nacionalista. Pero en esto no hay que desconocer el gran peligro de que los imperialistas nativos en germen utilicen al pueblo y su acción directa sólo para expulsar a los explotadores extranjeros y ocupar su puesto.

Ningún revolucionario debería desconocer que la primera misión del proletariado chino consiste en librarse de la dominación extranjera, de los explotadores blancos. En este concepto estamos a su lado y nos regocijamos de la derrota de los blancos. En esta causa tenemos una tarea esencial que cumplir también por nuestra disposición para la negativa a hacer el servicio militar en favor del imperialismo, cuando éste lo exija para oprimir la lucha emancipadora de un pueblo colonial, sea como obreros o como soldados. Pero como obreros revolucionarios tenemos también el deber de señalar a los pueblos coloniales los peligros que nacen en su propio seno: el poder político de una clase dominante que será también capitalista, imperialista y cruel explotadora.

Nosotros debemos arrojarnos a esa lucha. Los obreros revolucionarios tienen una tarea singular que cumplir. Tenemos que impulsar esa lucha, en tanto que nos sea posible, con ayuda de nuestros compañeros en las colonias, en una dirección antiimperialista y al mismo tiempo antiestatal, antiparlamentaria. Tenemos que señalar al Japón, donde, después del alejamiento de la influencia extranjera, domina ahora un terror nacionalista imperialista contra el proletariado japonés.

Los obreros chinos no deben dar su vida para hacer de China un segundo Japón. No lo harán si que-

dan fieles a los medios económicos de lucha, que son los que propagó siempre el movimiento obrero revolucionario, tan apropiados para imposibilitar toda opresión; que no entrañan como los medios marxistas de lucha, tales el militarismo rojo, la dictadura y el parlamentarismo, el peligro del nacimiento de un nuevo Estado, de una nueva explotación, de una nueva opresión, de una nueva esclavitud bajo el nuevo capitalismo.

Nos referimos a los medios económicos de lucha como la huelga, el boicot, la negativa a pagar los impuestos y a hacer el servicio militar. Todos ellos son medios de lucha del arsenal del movimiento obrero revolucionario o muy próximos a él. En este concepto los pueblos orientales, en caso de que se apropien esos medios de lucha, pueden llegar a ser verdaderos maestros y a darnos un magnífico ejemplo. Y aunque no han llevado todavía a una victoria definitiva, sin embargo es simplemente digno de admiración como los hindúes ingleses supieron emplear ese medio de lucha. En "Erkenntnis und Befreiung" (Nro. 23, 1927) cuenta Max Gruschwitz cómo los combatientes anglo-hindúes de la independencia se rehusan a comparecer ante los tribunales, sea como acusados o como testigos. Si son arrestados responden sencillamente que nó a todo. Las ordenes de re-

clutamiento para el ejército son simplemente negadas. Si son reclutados a pesar de todo, desertan en cuanto ven la posibilidad y venden sus armamentos. Los agentes de policía son boicoteados, sus familias son eludidas. Los artículos ingleses son rechazados severamente, lo mismo que las escuelas inglesas; si los niños son llevados por la fuerza a la escuela no dicen al maestro ni una palabra. En ocasión de la visita del sucesor del trono las ventanas fueron cerradas y nadie se mostró en la calle. El público abandonaba como a la voz de mando los edificios públicos, las estaciones, etc., en cuanto se presentaba un funcionario con sequito, de manera que los propietarios de cafés rogaban a los funcionarios del gobierno que no fuesen a sus locales. Los impuestos no son pagados.

Se trata aquí de un método de defensa de la patria contra los opresores extranjeros que los sindicalistas y los anarquistas hacen propio, porque no entraña el peligro del resurgimiento de un Estado nacional y de un capitalismo nacional.

Pero en este concepto la Tercera Internacional ha negado vergonzosamente su deber revolucionario internacional, tenía que renegarlo dado el punto de vista que acepta esa Internacional. Es un instrumento en manos del Estado ruso, el cual, como todo otro



El proletariado chino entre el imperialismo internacional y el militarismo nacionalista

Campo de batalla

Sobre un declive del extenso llano,
la fúnebre visión iluminada
por un marchito resplandor de luna,
yacen los cuerpos duros de los parias,
de los pobres soldados, hermanitos,
que desgarró el furor de la metralla.
Y una hambrienta tropilla de lebreles
que huyeron de la aldea devastada
realiza con los miembros destrozados
un sangriento festín de carne humana.

Ulula un viento frío
que silbando sobre los cuerpos, pasa;
y una lechuza,
desde la altura grazna.

En tanto, allá, muy lejos,
en la regia ciudad iluminada,
revestida de flores y banderas,
los magnates del oro y de la patria,
en un banquete donde el vino corre
cual la sangre inocente en la batalla,
festejan orgullosos la victoria
con prostitutas por el hambre, hermanas,
de los pobres soldados, los anónimos
que barrió enfurecida la metralla.

¡Desigualdad. Dolor. Espectro de Caín
que en su abyección, sobre los siglos, anda!

Pedro GODOY



El gabinete de Washington se distingue por las continuas proposiciones pacifistas

Estado, se basa en la opresión en el interior y en la potencia militar hacia el exterior. Se nos argumentará que en estos días de azuzamiento innegable contra Rusia el ejército rojo es un medio de defensa ineludible contra los ataques del exterior. Pero entonces hay que hacer notar que la defensa de Rusia no está de ningún modo en su ejército rojo, que no está seguramente a la altura de las fuerzas militares de la burguesía, sino más bien en la actitud del proletariado de los países capitalistas, del cual teme el imperialismo la resistencia — y esto con razón — en caso de una guerra contra Rusia.

¡Cuánto más fuerte podría ser esa resistencia, si Rusia en lugar de tomar de la burguesía los medios imperialistas de lucha, se atuviera a los medios económicos de lucha de la revolución social!

Si Rusia, como Estado militar, sostiene que se puede edificar el socialismo sobre los gases venenosos y las ametralladoras, tiene que buscar alianzas con otros Estados militares.

Dirigió ya los ojos a Turquía — y la Tercera Internacional aseguró al proletariado turco la paz civil en caso de una guerra contra Inglaterra, — dirigió sus ojos a Alemania — y la Tercera Internacional defendió ya la entrega de armas por Rusia a ese Estado noskiano-hindenburguiano. Dirigió sus ojos al gobierno del sur de China — y la Tercera Internacional promete la paz civil con el Kuo-Min-Tang burgués, que se ha aprovechado para sus fines políticos de la acción económica de los trabajadores y tiene que agradecerle a ella su reconstrucción. Bukharin escribe al Kuo-Min-Tang: "No podemos proponernos por objetivo la instauración en China de la dictadura del proletariado".

Y Tchen-Tu-Syu, el presidente del partido comunista chino, dijo: "La dominación del proletariado no puede realizarse ni en este momento ni en un próximo futuro. Lo que China necesita es un gobierno democrático. China no puede hacer uso ahora de una dictadura del proletariado".

Y ha ocurrido ya que han sido abatidas insurrecciones del proletariado chino contra su propia clase capitalista, por el Kuo-Min-Tang con la aprobación de la Internacional comunista.

¿No es característico que Roland Holst haya planteado ya el problema sobre qué actitud asumirían los comunistas en caso de que surgiera un conflicto importante entre la revolución internacional y el Estado soviético?

Así es obstaculizada la revolución proletaria en China por Moscú. ¡En beneficio de una burguesía democrática!

Naturalmente en este incidente no tenemos que ver una falta política de los bolchevistas. No, eso es la consecuencia ineludible de su sistema, del sistema del socialismo violento. Este ha fracasado en 1914, en 1917, en 1918, en 1922 y en 1927, y fracasará siempre, porque Estado y socialismo son contrapuestos.

La tarea del movimiento obrero de tendencias antiestatistas es clara. Nada de apoyo a un movimiento nacionalista sino resistencia contra la burguesía de la metrópoli; apoyo directo al proletariado revolucionario en las colonias por la lucha común en pro de la revolución mundial libertadora.

JEAN GRAVE

EL MILITARISMO

No se puede hablar de patria y patriotismo, sin tocar la espantosa llaga de la humanidad llamada militarismo.

Estudiando los orígenes de la humanidad y la marcha de su evolución, hemos visto que la casta guerrera fué una de las primeras que se constituyeron, afirmando su autoridad sobre los otros miembros del clan o de la tribu. Algo más adelante, la casta se dividió en jefes y guerreros, como el primer paso había dividido la tribu en guerreros y no guerreros; al principio, todos los miembros del clan debían ser guerreros cuando fuera necesario.

Ignoramos si la humanidad siguió regularmente esa marcha progresiva, es decir, si ha pasado sucesivamente por los tres estados de caza, pesca y agricultura. Es indudable que la recolección de plantas o frutos silvestres, la caza o la pesca fué lo primero a que se dedicó. No es tan fácil averiguar si pasó de aquel estado al pastoral, y luego al agrícola tan seguidamente como se pasa de una asignatura a otra en bachillerato.

Más bien creemos que esas diferentes maneras de buscar el alimento se debieron de combinar según los recursos de la región. Habrá habido pueblos cazadores que continuaron viviendo principalmente de la caza, después de haber encontrado el medio de cultivar cualquier planta alimenticia, antes de tener animales domésticos.

Lo cierto es que la casta guerrera ha sabido conservar su preponderancia y gran parte del poder, hasta cuando ha tenido que compartirlo, y sigue siendo el más firme sostén de los que han ocupado.

Mientras fué casta cerrada, que se reclutaba en su propio seno, y hacía la guerra por su cuenta, la población padecía mucho con sus depredaciones, porque el hombre de armas no era corto para quitar al aldeano lo que le parecía. Pero pagado el diezmo, cuando no había tropas ni fortaleza cerca de él, el villano podía descansar algo; de todos modos, no estaba obligado a dedicar los mejores años de su vida a reforzar los batallones de sus explotadores.

Llegó, sin embargo, una época en que los señores empezaron a armar a los villanos de sus tierras, en casos urgentes. Atrajeron luego, con premios o estratagemas, a aquellos a quienes se quería alistar en los ejércitos reales, pero estaba reservado a la burguesía encargarse por completo a sus esclavos la misión de defenderla. Ella es la que ha perfeccionado el sistema, obligando a los trabajadores a sacrificar cierta parte de su juventud en defensa de sus amos. Pero como habría sido peligroso darles armas y decirles: Defiéndeme mientras disfruto, inventó la burguesía el culto a la patria.

Apoiada en esa mentira ha podido conseguir que los trabajadores sufrieran mucho tiempo sin discutir, esa contribución de sangre; apoiada en ese sofisma ha podido arrebatar a varias generaciones la porción más fuerte y sana de su juventud, enviarla

a pudrirse moral y físicamente en los presidios llamados cuarteles, sin que nadie pensara en protestar, sin que se levantara una voz para preguntar con qué derecho se pedía a los individuos que se convirtieran, durante tres, cinco o siete años en autómatas, máquinas de matar y carne de cañón.

Sin embargo, hubo protestas; la desertión nació con la institución de los ejércitos permanentes, pero aquellos actos no solían ser razonados; el desertor no apelaba al estricto derecho individual, obedecía a repugnancias personales que no se analizaban siquiera.

Las protestas que se elevaban en la literatura contra la guerra y el militarismo, solían no ser más que explosiones de sentimiento, no apoyadas en deducciones lógicas basadas en la naturaleza humana y el derecho individual.

¡El ejército! ¡La patria! La burguesía y los escritores turiferarios suyos habían entonado tantas alabanzas en su honor, habían amontonado tanto sofisma, tanta mentira en su favor, habían conseguido adornarlos con tan bellas cualidades susodichas; se aseguraba que el ejército era el depósito de todas las virtudes cívicas. No había novela donde no se encontrara el tipo del soldado viejo, modelo de lealtad y probidad, adictos a su general, del cual había sido asistente, siguiéndole en todas las peripecias de su vida, ayudándole a vencer los lazos que le tendían enemigos invisibles, y por último, dando su vida para salvar la de sus amos, o salvando al huérfano, ocultándole y criándole para hacer de él un héroe y proporcionarle medios de recuperar la fortuna que le habían robado los enemigos de su familia.

Hay que ver cómo analizaban los poetas la bravura de los valientes soldados; el honor militar, la abnegación, la fidelidad, la lealtad, eran sus menores virtudes. Ha sido necesario que la burguesía cometiera la enorme torpeza de obligar a todos los individuos a pasar cierto tiempo en el servicio para que se viera que debajo de los brillantes ropajes con que literatos y poetas habían cubierto el ídolo, no había más que infamia y podredumbre.

Mientras los trabajadores fueron los únicos que sacrificaron su juventud y se embrutecieron en el cuartel, mientras el público no conoció del ejército más que su presentación escénica, el brillo del metal, el redoble de sus tambores, el oro de sus entorchados, el ondear de las banderas, el estrépito de las armas, toda la apoteosis con que se le rodea al mostrarlo al pueblo, —literatos y poetas contribuyeron en sus obras a ampliar esa apoteosis, a rendir su tributo de mentiras a la glorificación del monstruo.

Pero en cuanto, establecido el servicio obligatorio, han tenido que estudiar de cerca la institución, cuando han tenido que doblegarse a la embrutecedora disciplina, cuando han tenido que soportar las vo-

ces y las groserías de los que llevan galones, desapareció el respeto; han empezado a desenmascarar al infame, han soplado encima de las virtudes con que sus antecesores le habían adornado, y el soldado (sin excluir al oficial) ha empezado a presentarse al público con su verdadero aspecto: el de una bestia alcoholizada, el de una máquina inconsciente.

Hay que haber pasado por aquel infierno para comprender lo que ha de padecer en él un hombre de corazón, hay que haber gastado uniforme para comprender las bajezas e idiotismos que tapa.

* *

En cuanto estés alistado, ya no eres un hombre, sino un autómata obligado a obedecer ciegamente al que manda. Tienes un fusil en la mano, pero has de sufrir sin chistar las groserías del superior, que desahoga en ti su mal humor o los vapores del alcohol que ha absorbido. Un ademán o una palabra puedes pagarlo con la vida o con muchos años de libertad. Ya cuidarán de leerte la ordenanza, cuyo estribillo: pena de la vida, retumbará en tu cerebro cuantas veces surjan en tu cráneo instintos de rebelión.

Lo que más exaspera son las mil y una minucias del oficio, las nimiedades y chichorrerías del reglamento. Y el superior que te tenga mala voluntad, o que, sin tenértela, sea una bestia inconsciente, tendrá cincuenta ocasiones al día para ponerte faltas, para hacerte sufrir todas las vejaciones con que su brutalidad quiera molestarte. Al pasar revista, si el corraje no está muy limpio, o un botón está mal

cosido, o no te has puesto los tirantes, te armará un escándalo o te mandará al calabozo; te registrarán hasta más no poder, desabrochándote la ropa para examinar la interior.

Otros disgustos te producirá la manera de hacer la cama, que debe quedar *cuadrada como una mesa de billar*, según frase que oirás millares de veces en el cuartel; el colmo del arte será hacerte embetunar la suela de los zapatos de repuesto, colgados en la pared encima de la cabecera de la cama, exigiendo que las cabezas de los clavos aparezcan sin una mancha de betún.

¡Y las revistas! Son el cuento de nunca acabar. El sábado, revista de armas con las mismas observaciones y los epítetos de cochino, y otros piropos. Para varias, tendrás los registros, durante los cuales ha de enterarse el capitán de si tienes los pies y las manos limpias. Cada mes tendrás la visita sanitaria, en la cual examinarán los lugares más recónditos de tu persona. En el ejército no se pueden tener ciertas delicadezas; pronto las aplastarán con sus innobles pezuñas los que mandan en tí.

* *

Dicen los secuaces de la burguesía que el ejército es la escuela de la igualdad; de la igualdad en el embrutecimiento, sí, pero no es esa la que deseamos.

Continúan las revistas, no me acuerdo si la del intendente es cada tres o seis meses. Cada año hay una inspección general.

Durante la quincena anterior, hay gran zafarran-



Dos ejércitos que se combaten es un gran ejército que se suicida

cho en el cuartel; se limpian los locales y las cocinas. Para distraerte, tendrás un día revista del sargento de semana; al otro día revista de oficial, luego revista de capitán, de comandante, de coronel; aquello no se acaba nunca.

En cada revista hay que colocar encima de la cama lo siguiente: primero un pañuelo, religiosamente conservado para esas ocasiones, que se extiende con gran esmero sobre la cama; encima hay que poner los cepillos, las alpargatas, el calzoncillo que tampoco suele usarse hasta ese día, una camisa arrollada de cierta manera y con sujeción a cierta longitud; la gorra de cuartel, la caja de grasa, la tiza, sus alfileros con agujas, hilo y tijeras.

Para que todo se instale con regularidad, hay unos carteles en el dormitorio, que hay que consultar a cada momento para enterarse bien de la colocación de cada uno de esos objetos importantísimos, porque si se pone uno en el lugar que debe ocupar otro, te dirigirá terrible sarta de imprecaciones el jefe que se entere de la irregularidad; ¡qué horror! ¡qué abominación! poner la tiza en el sitio que corresponde a la grasa, ocasionaría la ruina de la patria si el general se enterase.

Esas revistas presididas por un general, sirven para poner de manifiesto el servilismo de los oficiales subalternos y algunos superiores. En cuanto llega el general, esos oficiales, tan arrogantes con el pobre pistolero, se achican y se colocan humildemente detrás del general que se yergue orgulloso, cuando no está hecho un carcamal. Furibundas miradas aterran al desdichado que da ocasión a una observación del jefe. A un soldado le falta una aguja; a otro se le ha olvidado que habiendo acabado la quincena la víspera se había de abrochar el capote a la izquierda y no a la derecha. El coronel tartamudea de furor, el comandante está rabiando, el capitán palidece espantado; el cabo es el único que no dice nada, porque demasiado sabe que todos los superiores, de sargento para arriba, le echarán a él la culpa. Ya sabe lo que le espera; menos mal que también él podrá vengarse del delincuente.

Mientras no hay revista en perspectiva, no faltan otras distracciones; el sábado por la tarde, te pasearás por el patio del cuartel amontonando las piedras y guijarros que allí haya. Después de emplear una hora en tan agradable pasatiempo, vuelves a las cuadras. Durante toda la semana, las idas y venidas de los transeúntes dispersan otra vez las piedrecitas y el sábado se recogen de nuevo. El oficial militar está plagado de esas ingeniosas diversiones.

Cuando llega la noche, y después de un día tan bien empleado, deseas conversar con tus colegas de presidio, verás que sus conversaciones son muy a propósito para ilustrarte y sugerirte grandes pensamientos. Allí en un grupo se desternillan de risa; te acercas, creyendo que se derrocha el ingenio y oyes a un imbécil que suelta indecencias antiguas y sin gracia. Te separas de ellos asqueado y te acercas a otro grupo de animales que gozan recordando la última borrachera, o pensando en la primera que pellen cuando su familia les mande unos cuartos.

No les hables más que de borracheras y crápula, porque no te entenderán. Nada existe para ellos más

¡Guerra a la guerra!

La Asociación Internacional de los Trabajadores, recomienda:

La negativa organizada a fabricar material de guerra, armas de toda especie y en especial también las armas químicas.

Negativa a transportar material de guerra y tropas en caso de guerra.

Negativa de los soldados a hacer el servicio militar.

Sabotaje de todas las empresas que sirven al desarrollo de la guerra en caso de un estallido bélico.

Declaración de huelga general antes aun del estallido de la guerra.

La Comisión Internacional Antimilitarista, propone:

La lucha contra el servicio militar.

La negativa a fabricar armas y a transportar materiales para el ejército.

La negativa personal y colectiva a hacer el servicio militar.

Boicot a toda la industria de los armamentos.

que esos goces. No nos asombremos de que después de tres años de cuartel, salgan de allí tantos individuos capaces de ser gendarmes o polizontes. El ejército es una escuela de desmoralización; no puede producir más que polizontes, holgazanes o borrachines. Pocos resisten a esos tres años de embrutecimiento, y aun esos pocos, conservan mucho tiempo vestigios de aquéllo.

La disciplina brutal y abyecta quebranta al hombre, le tritura el cerebro, le deforma el carácter, le destruye la voluntad. Es una horrible máquina de embrutecer a la cual se entrega un joven que podría experimentar el sentimiento de lo bello y lo verdadero, cuya energía podría desarrollarse en la lucha cotidiana, cuya inteligencia podría ensancharse bajo la presión del saber adquirido y la necesidad de saber más, pero la disciplina le echa encima una capa de plomo que le comprime el cerebro todos los días, y retrasa el ritmo de los latidos de su corazón. Después de haberlo molido tres años con los múltiples engranajes de su jerarquía, devuelve un harapo informe, cuando no lo devora completamente.

Hemos visto, burgueses feroces, que esa patria que queríais que defendiéramos no es más que la organización de vuestros privilegios; ese militarismo, al cual llamáis deber que todos tenemos que cumplir se ha instituido para defenderos a vosotros todos, y cuyo peso dejáis caer sobre aquellos contra quienes se dirige y que además proporciona grados, honores y sueldos a aquellos de vosotros incapaces de desempeñar funciones más elevadas, grados y sueldos que sirven de cebo a las ambiciones malsanas de los que abandonan la clase de la cual salieron para

convertirse en cómitres vuestros.

¿Qué nos importan esa patria, esas fronteras y esos deslindes arbitrarios de pueblos? Vuestra patria nos explota, vuestras nacionalidades no nos interesan. Somos hombres, ciudadanos del universo; todos los hombres son hermanos nuestros; nuestros únicos enemigos son nuestros amos, los que nos explotan, nos impiden evolucionar libremente y desarrollarnos en la plenitud de nuestras fuerzas. No queremos ser viros de juguetes, no queremos dejarnos imponer la librea degradante de vuestro militarismo, el yugo embrutecedor de vuestra disciplina. No queremos inclinarnos la cerviz, queremos ser libres.

Y vosotros, infelices destinados a padecer la ley militar, que leéis en los periódicos la relación de las injusticias cometidas diariamente en nombre de la disciplina, que oís contar de cuando en cuando las infamias que sufren los que han sido bastante necios para dejarse alistar, ¿no haréis alguna reflexión sobre la vida que os espera en el cuartel?

Vosotros, los que no habéis entrevistado hasta ahora la vida militar más que a través del humo del incienso que queman los poetas, ¿no comprenderéis toda la doblez de esos escritores burgueses que han cantado en todos los tonos las virtudes militares? ¡Ah! ¡El honor del soldado! ¡Oh! ¡La dignidad guerrera! Infelices que por el brillo de la palabra Patria, o por miedo al consejo de guerra, marchitáis los mejores años de vuestra juventud en esas escuelas de corrupción llamadas cuarteles, ya sabéis lo que os espera.

Si queréis pasar sin graves disgustos todo el tiempo de vuestro servicio, dejad dentro de la ropa de paisano todo instinto de dignidad personal; guardaos donde os quepa todo sentimiento de independencia; exigen las virtudes y el honor militar que no seáis

más que máquinas de matar, bestias pasivas, porque si cometierais la torpeza de conservar en el fondo del corazón, debajo de la librea, el menor germen de altivez, eso sería funesto.

Si un soldado borracho quiere insultaros y lleva galones en la manga, ocultad bien las crispaciones que a pesar vuestro, tuerzan los músculos; llevad militarmente a la visera la mano que queríais levantar para dar con ella en la cara al insolente: si abris la boca para contestar al insulto o a la amenaza, no digáis más que "Tiene usted razón". Y mejor será callar; porque el ademán, la palabra, la menor señal de emoción pueden ser interpretados como una broma y valeroso un castigo, por falta de respeto al superior. Sea cual fuere el insulto o el ultraje, tenéis que dominar la cólera: tenéis que permanecer insensibles, tranquilos, inertes, con los brazos tiesos y las piernas juntas. Así, así; ¿resistís impasibles la injuria? ¿No os movéis? así está bien; sois buenos soldados; eso es lo que exige la patria de sus defensores.

Preguntaréis:

¿Y si nos fuera imposible conservar la tranquilidad? ¿Si, a pesar nuestro, se nos sube la sangre a la cabeza?

Entonces no os queda más que un remedio: no pongáis los pies en ese presidio del cual saldríais envilecidos, embrutecidos y corrompidos. Si queréis seguir siendo hombres, no seáis soldados; si no sabéis digerir las humillaciones, no os pongáis el uniforme. Pero si habéis cometido la imprudencia de vestirlo y un día os veis en el caso de no poder contener la indignación... no insultéis ni peguéis a un superior... matadlo; que el castigo no será mayor.



Después de la batalla ...

Antimilitarismo anarquista

¿Es necesario demostrar que existen todos los factores necesarios para suscitar un desenlace guerrero de las crisis y complicaciones presentes? Por un lado tenemos el armamentismo en proporciones superiores a las de antes de la última gran guerra; los gastos militares son hoy mucho mayores que antes; en casi todos los países se ha doblado y más el presupuesto de la guerra, la marina y la aviación. Incluso la magnitud de los ejércitos permanentes aumentó de un modo considerable.

Eso en la parte material; en lo moral y espiritual tenemos muchos miles más de kilómetros de frontera que en 1914, tenemos el fascismo nacionalista en casi todo el mundo y una anestesia moral espantosa para todo lo que a la vida humana se refiere. Y digámoslo también, hay en el movimiento obrero mismo mucho menos posibilidades de resistencia que en 1914. Entonces se creía, se confiaba que el socialismo y el proletariado harían imposible la guerra; hoy sabemos que si hay una fuerza decididamente hostil a una nueva hecatombe y al militarismo que la prepara, no es más que la fuerza del anarquismo y ésta no es suficiente para determinar todavía el rumbo de la historia.

De la noche a la mañana podemos sentirnos envueltos en la tragedia de la matanza humana y no significa ninguna extemporaneidad una discusión sobre la actitud de los anarquistas ante la guerra que viene.

Pero la exposición de la actitud de los anarquistas ante la guerra y el militarismo debería ser acompañada de un examen de las fuerzas obreras y políticas actuales, para que no quedase ninguna duda respecto de nuestro aislamiento casi completo. Se conocen los sentimientos patrióticos y nacionalistas de la socialdemocracia y su integración a los intereses del respectivo Estado nacional. La vieja fórmula de Marx: "Trabajadores del mundo, uníos", ha sido sustituida, consciente o inconscientemente, por esta otra: "Trabajadores de todos los países, degolláos". La creencia estatista no podía llevar a otro resultado, porque el Estado será siempre nacional.

En cuanto al bolchevismo, la situación mundial pone bien de manifiesto que Rusia no quedaría neutral de ninguna manera en caso de una guerra de ciertas proporciones, tanto menos cuanto que la diplomacia bolchevista es un factor permanente de guerra mundial; ahora bien, como ya se ha declarado en los órganos dirigentes de la Internacional comunista, una guerra en que Rusia estuviera aliada a una potencia capitalista, tendría que tener por resultado una adhesión del comunismo mundial al partido tomado por Rusia y las potencias que eventualmente se aliaran a ella. Lo que quiere decir que, después de todas las experiencias, sería estúpido pensar en que el bolchevismo llegara a constituir con nosotros una fuerza de resistencia y de hostilidad a la hecatombe que se avecina y de la cual son síntomas expresivos, anuncios previos, las repetidas guerras coloniales de 1918-1928.

Quedarían algunos mohicanos aislados del pacifismo burgués, algún nuevo Romain Rolland, por ejemplo; conciencias que no podrán adaptarse al reconocimiento del militarismo y la guerra, corazones nobles, cerebros elevados; pero no representarán más que una fuerza ilusoria, platónica frente a la magnitud de los acontecimientos y al poder destructivo de los modernos métodos bélicos.

En su conformación espiritual presente, con la influencia nacionalista de la socialdemocracia, con la prédica del veneno autoritario del comunismo bolchevista, el proletariado no entraña tantos motivos de esperanza como antes de 1914, cuando se hablaba de la inminencia de la gran guerra. Esto sin contar la corrupción mental y sentimental por la reacción triunfante, por el fascismo que lo está invadiendo todo.

Contra el militarismo y la guerra, los anarquistas debemos apelar a todas las buenas voluntades, a todas las conciencias honestas, a todos los corazones sensibles, a todos los cerebros comprensivos y a todos los brazos dispuestos a la acción; pero debemos hacerlo en la seguridad de no estar flanqueados, como creía-

mos estar antes, por las organizaciones políticas y económicas del proletariado inspiradas por el reformismo, la socialdemocracia y el bolchevismo. Estamos solos y debemos llegar a constituir el punto central de reagrupación de los amigos de la paz y de la libertad, por encima de todas las fronteras y de todas las clases.

Hay que luchar contra dos frentes simultáneamente: contra la preparación material para la guerra y contra el envenenamiento moral de los espíritus. Ambos frentes tienen un mismo denominador común, que es la situación actual del sistema capitalista y del régimen del estatismo, y por eso no hay, ni puede haber más verdaderos antimilitaristas que los anarquistas.

Pero si nosotros insistimos en el antimilitarismo lo hacemos porque entraña, como pocas otras luchas, una mentalidad realmente anarquista. El movimiento obrero no es una garantía de antimilitarismo, ni de anarquismo tampoco, como se puede constatar tan fácilmente; se puede hacer en los sindicatos mucho más que en ninguna parte por la revolución material, por el acto de la guerra social contra la burguesía y el Estado, pero una verdadera consecuencia antimilitarista predispone el espíritu mejor para la vida anarquista y evita de antemano graves peligros para el desarrollo de la revolución.

Con una visión unitaria y solidaria, podríamos hacer frente al militarismo y a la guerra por un lado con el sindicato, un instrumento que nos permitiría crear en el seno de los trabajadores un movimiento de opinión sobre bases concretas: la negativa a fabricar armas, a transportar materiales de guerra y soldados, a sabotear todo servicio para el ejército, etc. Con el arma sindical nos dirigimos a las grandes masas y procuramos suscitar en ellas sentimientos de hostilidad al cuartel, al militarismo y a la guerra; esas masas pueden darnos la posibilidad material de realizar nuestros propósitos de obstruir toda matanza humana en loor a intereses extraños a las víctimas. Pero esa labor ofrecería más garantías y más perspectivas si fuese acompañada, por otra parte, con una propaganda antimilitarista especial, dirigida a la comprensión del individuo, a la rebeldía, al deber de la desobediencia militar y civil.

No hay que preparar sólo los brazos para una eventual batalla; hay que preparar también los espíritus. Y no sólo debemos estar pendientes de lo que debe ocurrir mañana, en caso de guerra, sino que debemos desde ya, desde este momento, comenzar la acción y la propaganda contra el militarismo y el armamentismo, comba-

tiendo todos sus puntales materiales, intelectuales y sociales.

La guerra es un crimen y el militarismo una preparación aleposa para el crimen. Los anarquistas no podemos ser cómplices de lo que nuestra conciencia anatematiza como el acto más inhumano y bestial; ni cómplices activos ni cómplices pasivos; sólo salvaremos nuestra ideología revolucionaria antes y durante la guerra permaneciendo en estado de insurrección permanente contra toda degradación humana.

No restrinjamos los medios susceptibles de servir a nuestros fines, sobre todo si se trata de medios que no están en contradicción con nuestros objetivos finales. Lo más importante es mayor actividad en todas las direcciones y sobre todo la demostración palpable y práctica de un antimilitarismo activo, que no se conforma con declaraciones platónicas e inofensivas. La época en que vivimos es una época en que el volcán de una nueva conflagración mundial puede hacer explosión de un momento a otro y convertir medio mundo en un montón informe de ruinas. Para nosotros se trata de estar a la altura de ese momento y de la grave responsabilidad que nos incumbe como únicos adversarios de la guerra, de todas las guerras, de las defensivas y de las ofensivas, de las "civilizadas" y de las coloniales, y como únicos refractarios de todos los ejércitos, de los blancos y de los rojos, de los burgueses y de los proletarios.

—(O)—

La A. I. T. frente a la guerra y al militarismo

Una resolución del tercer congreso

Un resumen de teoría y táctica del antimilitarismo, una concreción del pensamiento antiguerrero del movimiento obrero libertario es la resolución siguiente aprobada en el tercer congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores, celebrado a fines de mayo de 1928 en Lieja. Dice así:

"El militarismo es el sistema del poder monopolizado del Estado para la defensa o la extensión del distrito de explotación nacional (guerras defensivas y de conquista), para la dominación de nuevos territorios de explotación (guerras coloniales) y para la opresión de las masas populares que se resisten y se rebelan (huelgas, propaganda, insurrección).

"En todos esos casos se trata sólo de la defensa y del fomento de los intereses de la ganancia de la clase dominante, es decir de la clase enemiga del proletariado.

"El militarismo es el último y más poderoso medio de la burguesía para mantener a la clase obrera subordinada y reprimir su lucha por la libertad.

"Donde se forma un militarismo en las luchas por la liberación nacional o en la lucha de clases (China, Rusia), ese militarismo se vuelve contra los trabajadores mismos, porque según su esencia no puede ser más que un instrumento de la opresión de las masas en interés de una clase privilegiada y el enemigo de toda libertad.

"Por eso la misión principal de la clase obrera no está sólo en combatir el actual militarismo capitalista, sino en destruir el militarismo como tal. Los medios de lucha más convenientes contra el militarismo serán, pues, aquellos que más en armonía estén con el espíritu del antimilitarismo mismo.

"En primera línea importa extirpar por una activa propaganda el espíritu del militarismo, de la disciplina y de la subordinación en todo concepto, instruir a los soldados y socavar los cimientos de los ejércitos a fin de que pierdan su eficacia como instrumentos de guerra y medios de lucha contra los trabajadores. Los ejércitos voluntarios, ejércitos blancos, bandas fascistas y otras formaciones militares idénticas deben ser boicoteadas ya en tiempos de paz.

"Como el ejército se compone principalmente de obreros y como los ejércitos en el estado actual de la técnica de guerra moderna dependen completamente de la industria bélica, los trabajadores tienen en sus manos la posibilidad de paralizar toda acción militar, aunque sea emprendida por las tropas blancas, mediante la negativa en masa de hacer el servicio militar, las huelgas, el sabotaje.

LUIS FABBRI

Móviles ideales y práctica revolucionaria

Cuando, antes de la guerra, los anarquistas participaban en el movimiento obrero para contrarrestar su paso al reformismo socialdemócrata y desarrollar en él tendencias revolucionarias y libertarias, en las frecuentes polémicas habidas con los adversarios de la derecha debían constatar a menudo que se encontraban en desventaja, si las necesidades contingentes de la lucha les constreñían a colocarse en el mismo punto de vista reformista, del mejoramiento inmediato de ésta o aquella categoría de trabajadores, haciendo abstracciones de los principios ideales del socialismo y del anarquismo.

También la acción revolucionaria e intransigente es siempre útil y necesaria, para obtener resultados tangibles e inmediatos; por lo menos es necesaria como reserva y como amenaza perenne. Pero es preciso decir que, cuando la acción directa se vuelve

"La mejor preparación para una acción colectiva de esa especie está ahora mismo en la negativa individual y colectiva a hacer el servicio militar y en la resistencia del proletariado organizado a producir materiales para el ejército.

"Ante todo hay que impedir que se produzcan nuevas guerras y para ello hay que suprimir las causas más esenciales de la guerra y del militarismo por una transformación económica de nuestro orden social (revolución social).

El congreso exhorta por consiguiente a las organizaciones adheridas a la A. I. T.:

1.— A propagar la negativa al trabajo de guerra y a realizarla prácticamente tan pronto como sea posible.

2.— A convencer a los trabajadores de la industria de los armamentos y de los establecimientos que pueden ser transformados para fines bélicos, que es un deber del proletariado consciente ir a la huelga en caso de estallido de una guerra, apoderarse de las provisiones de material bélico y de las materias primas destinadas a su elaboración, e imposibilitar la utilización de las fábricas por el capitalismo.

3.— Formar de inmediato comités de huelga general que en caso de amenaza de guerra puedan declarar la huelga general revolucionaria.

"Esos comités tienen que hallar medios para apoderarse de los establecimientos y de todos los puntos del país importantes para la vida y excluir de ellos a sus propietarios. Tienen que encontrar simultáneamente medios para la defensa de sus propias conquistas y destruirlas sólo en caso necesario.

"En una palabra, deben aprovecharse todos los medios para hacer de la huelga general una revolución victoriosa."

realmente indispensable, y no hay otra vía de salida, también los reformistas recurren a ella, — aunque hipócritamente y descalificándola oficialmente, — especialmente los que viven en medio del proletariado. Pero, en tiempos de relativa calma, por la ley natural del mínimo esfuerzo, no se puede negar que ciertos mejoramientos parciales inmediatos es más fácil y menos costoso obtenerlos mediante transacciones, con arreglos con los patronos y los poderes públicos, con negociaciones continuas con la burguesía, por medio de las múltiples artes del reformismo político y económico. Si los anarquistas superan el punto muerto del *statu quo* capitalista, impulsando hacia el porvenir; si no están dispuestos, en circunstancias dadas, a renunciar a la victoria inmediata, es decir a preferir la vía más áspera (y por tanto más difícil de superar pero directa hacia un objetivo ideal) a la

más cómoda y hasta a la más útil por el momento, pero desviadora, la lógica reformista adquiere, a pesar de ellos, la supremacía.

Ciertamente, los anarquistas pueden demostrar que las conquistas inmediatas obtenidas a través de la práctica reformista serán anuladas por la acción automática misma del sistema capitalista; pueden señalar el ejemplo de lo que ha ocurrido y de lo que está ocurriendo en países que nos han precedido en la evolución de las relaciones entre capital y trabajo, y mostrar cómo dos y dos son cuatro, qué el proletariado, al transigir con sus enemigos, vende por un plato de lentejas su derecho de primogenitura y refuerza las cadenas que lo tienen esclavo, — cadenas de que sentirá el peso en un porvenir no lejano. — Pero esta demostración se refiere al porvenir, no importa si al porvenir próximo; la previsión anarquista no turba de ningún modo las masas educadas por el reformismo en el utilitarismo inmediato, en el *carpe diem*, en el deseo de tener algo de inmediato sin perjuicio del mañana.

A los anarquistas, en tal caso, no les quedará más que la melancólica satisfacción de verse más tarde dar razón por los hechos, cuando ya no habrá tiempo para reparar nada, cuando la revolución se haya alejado una vez más, — del mismo modo que los hechos de hoy responden completamente a las previsiones que los anarquistas hacían, minoría de las falanges socialistas, hace veinticinco o treinta años sobre las desviaciones a que llevarían los métodos autoritarios y legalitarios de la democracia socialista.

Es preciso por tanto que los anarquistas se fortifiquen sobre las posiciones en que, en cambio, son ellos los que tienen siempre razón; que queden en el propio punto de vista justo, en el que son verdaderamente invencibles: el punto de vista futurista, el punto de vista de lo que fué desde el comienzo su afirmación del ideal del socialismo: el ideal de la completa liberación de los yugos del poder y de la explotación, del prejuicio moral y religioso, para todos los hombres; el ideal que, integrado por el sentimiento de libertad y por el espíritu de revuelta, se sintetiza en la palabra *anarquía*.

Cosa incómoda, si no imposible, es definir el ideal; y yo dejo de buena gana la preocupación a los especialistas, a aquellos cuya ocupación predilecta es tratar de cortar los cabellos en cuatro. La gente práctica hallará que cuando los anarquistas hablan de igualdad, de fraternidad, de humanidad, de libertad, de justicia, de derecho, de deber etc., no hacen más que satisfacerse con palabras. Sin embargo, su sonrisa sardónica es estúpida. Que esas palabras respondan a una aspiración real de los hombres, lo demuestra el hecho que también los que las ridiculizan recurren a ellas como a un argumento supremo, como a una última ancla de salvación, cuando los instintos materiales no bastan ya para suscitar una chispa de entusiasmo y una llamarada de energía en medio de aquellos que les siguen.

Y por lo demás, también las clases dominantes, también aquellos que hoy son opresores ¿habrían conquistado un tiempo sus formidables posiciones, si no les hubiese animado al principio un móvil ideal, si las razones económicas de su advenimiento al poder no hubiesen sido reforzadas por razones sentimentales, morales, idealistas? Y hoy mismo, a pesar de todas sus infamias, ¿creéis qué tendrían toda la fuerza que tienen si entre ellos o tras ellos no hubiesen muchos que ven sinceramente en los dominadores a los defensores de la paz social, o de la patria, de algo

en suma que responde por ellos a un ideal superior y trascendente en relación al momento que pasa?

Nadie se atreverá a negar que la revolución cristiana tuvo también su substrato económico, pero nadie puede negar que sobre todo la victoria del cristianismo se ha debido, — de cualquier modo que se juzgue, — a la prevalencia del factor ideal en el movimiento social del tiempo; y esto hasta el día en que, victorioso, el cristianismo conquistó el poder y comenzó a imponerse a los pueblos con la violencia bruta de las persecuciones y de las guerras y con la explotación de los bienes materiales.

La revolución del 89, tan grande que aun conquistada con la fascinación de sus memorias nuestra alma, fué ciertamente determinada por profundas razones económicas y fué victoriosa también porque el pueblo vió en ella una tentativa para salir de una miseria inaudita. ¿Pero se concebirían todos sus triunfos, todos sus heroísmos, todas sus bellezas, sin los factores ideales de la revolución misma? Diré más: ¿habría logrado aquella revolución derrocar completamente el viejo mundo, si no hubiese estado inspirada por las ideas nuevas de fraternidad, de igualdad y de libertad? Esas palabras se tradujeron más tarde en un negocio para la clase burguesa; pero entonces eran expresión religiosa de una fe por la que se sabía combatir y morir como héroes. Las ideas eran entonces armas tan formidables como el cañón; y como decía bien Carducci con otras palabras que me recuerdo textualmente, con las páginas de Rousseau se hicieron cartuchos y en el pueblo que invadía las Tuillerías el 10 de agosto y destronaba al rey que había un poco del alma de Diderot.

Lo mismo se puede decir de todas las revoluciones patrióticas que caracterizaron los dos tercios del siglo XIX. Baste, por todas, hacer mención de la revolución italiana. El estudioso puede buscar las determinantes económicas de ella, — yo no las tengo presentes, — pero no se puede negar que la determinante mayor, más fuerte, ha sido el factor ideal: el idealismo político que respondía a los nombres de patria, de independencia, de unificar el patriotismo; se puede, como yo pienso que es más justo, interpretar el sentimiento patriótico que animaba a los revolucionarios de un tiempo prevalentemente como una manifestación de libertad, pero no se puede negar que ese sentimiento ideal ha sido el factor más poderoso de victoria, — sin el cual ni los debates diplomáticos ni las maquinaciones de los moderados (los reformistas de entonces), ni la ambición de una casa reinante habrían valido para nada; y Garibaldi no habría tenido soldados si Giuseppe Mazzini no hubiese antes educado en la austera escuela del deber y del sacrificio, del culto al ideal, a los conspiradores del 31 y a los combatientes del 48 y del 60.

Es verdad que las revoluciones políticas del siglo pasado, tendiendo sólo a cambiar formas de gobierno, podían ser hechas por grupos audaces y por clases restringidas, y por tanto el factor ideal podía también bastar para determinar una situación revolucionaria; mientras que la revolución deseada por los anarquistas, — la revolución social, — no puede prescindir de las necesidades económicas y del juego de los intereses de clase, aun cuando no sea más que por la razón que uno de los ideales del anarquismo es la igualdad económica. Pero es también verdad que, si no animaran al pueblo principios y sentimientos de orden superior, no tendría nunca toda la energía y el espíritu de sacrificio necesarios

para vencer en ésa que sin embargo deberá ser su revolución.

El ejemplo de la revolución rusa es al respecto *frappant*, como dicen los franceses. Nos da la demostración de que una revolución social sin elementos idealistas no puede vencer tampoco. La revolución rusa tuvo por punto de partida la necesidad del pueblo de terminar con la guerra; contribuyeron poderosamente a ella el "hambre de tierra" de los campesinos y la voluntad de mejoras económicas de los obreros industriales; pero resortes potentísimos de acción fueron en todos los revolucionarios las ideas de libertad y de justicia que embriagaron a todo el pueblo y lo impulsaron a sacrificios y esfuerzos de otro modo inconcebibles. Y bien comprendieron esa fuerza moral de las ideas los bolchevistas, los cuales supieron, hasta el día de su triunfo, servirse de ellas para levantar a los trabajadores y conquistar su apoyo, salvo el renegar después de la victoria de todas las que no se conciliaban con su ansia de poder, con sus métodos autoritarios y dictatoriales. No hay que olvidar que los bolchevistas, hasta que llegaron al poder, hablaban aproximadamente como los anarquistas, hasta confundirse en muchos casos con éstos y obtener su apoyo entusiasta; parecían anarquistas animados de un ideal de libertad y de igualdad social.

Se objeta, como ya lo he notado, que los ideales que tanto han conmovido en el pasado a las muchedumbres, son palabras vacías de sentido de que se han servido hábilmente los actuales dominadores para realizar sus propios intereses de casta y de clase. Es verdad hasta un cierto punto; los que han combatido por la libertad en tantas revoluciones y en tantos campos de batalla han conquistado también algo para nosotros, de lo que sentiríamos más el valor si se nos arrancara de golpe. Se puede despreciar, y con justa razón, el tiempo presente, — pero ese desprecio natural y legítimo para nosotros que miramos el presente y el porvenir, no será nunca tal como para hacer desear, por ejemplo, en Francia, una restauración napoleónica y monárquica y en Italia un retorno al gobierno del papa y de los alemanes.

La victoria del fascismo en Italia nos hace sentir hoy, con las más crueles heridas y los sufrimientos más atroces, cómo también las miserables conquistas de libertad, por insuficientes que sean, de las revoluciones precedentes tuvieron un valor intrínseco enorme; y que no fueron del todo palabras vacías de sentido los ideales que habían guiado a la lucha, al sacrificio y al martirio a los revolucionarios políticos italianos hasta 1860.

Sin embargo, no sólo para el pasado, sino también hoy, las palabras de libertad, de fraternidad, de igualdad, de humanidad, de justicia, etc., están en boca de muchos que se sirven de ellas para confundir al pueblo; pero si ellos se sirven de ellas significa que tienen un valor, que ejercen una fascinación; y eso porque, tomadas en serio, podrían tener un contenido serio y bueno, satisfacer una necesidad nacida ahora en todos. Y contra el temor o el peligro de nuevas confusiones, me parece que el anarquismo vale para darles una garantía de desinterés y de seriedad, pues el anarquismo no quiere servirse de las ideas para asegurar el triunfo de intereses particulares o el advenimiento al poder de quien quiera que sea, ni exige, aunque fuera en nombre del bien del pueblo, para sus hombres puestos de confianza, privilegios especiales o misiones providenciales, sino que atribuye al pueblo entero toda la actividad y todas

las responsabilidades y combate contra todas las formas de dominio, de privilegio, de representación, de dictadura, — consistiendo todo su método de lucha en la acción directa, revolucionaria e insurreccional hecha por las clases oprimidas, por ellas y para ellas.

Sustraídos a la especulación política de los partidos y de las personas, los ideales del socialismo y del anarquismo reconquistan su valor de propulsores del movimiento y de la revolución. ¿Vanas palabras? ¿y por qué? ¿Se puede sonreír honestamente con desprecio de quien habla sinceramente de justicia, cuando la injusticia la sentimos todos los días y a todas horas aplastarnos a nosotros y a nuestros semejantes bajo su peso, atormentándonos en sus multiformes manifestaciones en el seno de la vida social?

El llamado a la fraternidad humana ¿no responde a una necesidad, cuando nuestra alma se rebela al ver cómo las instituciones del parasitismo y del privilegio siembran el odio y la discordia entre los hombres a quienes un bien entendido interés podría unir? La humanidad ¿es propiamente una palabra vacía de sentido mientras todo el mundo civilizado se horroriza por las infamias de la guerra, por el sacrificio de tantas víctimas humanas inconscientes, por los horrores indescriptibles de que fuimos también recientemente testigos desde 1914 a 1918, por las espantosas hecatombes de millones de muertos y de mutilados, por las consecuencias innobles y terribles de tanta degeneración moral y de tanta reacción bárbara, aparte de una destrucción tan enorme de riquezas que llevaron el hambre a los pueblos?

Los ideales de la fraternidad humana y de la humanidad son por eso la expresión mejor de todo lo que es contrario al imperio de la violencia y del desorden, del odio y de la guerra, sobre lo cual se rige el mundo actual.

Preguntad si se ama la libertad aquel a quien un poder sufrido por la fuerza obliga a hacer lo que no quiere y a no hacer lo que quiere; preguntádselo a aquellos que están en la cárcel por haber obrado en conformidad con la voluntad del que manda. Preguntad a los súbditos frente a los dominadores, a los explotados frente a los explotadores, a los hambrientos, a los descontentos por sus condiciones de vida, a todos aquellos a quienes atormenta el espasmo de un deseo insatisfecho sólo porque la desigualdad de condiciones se lo impide, si la igualdad no es una realidad viva en el fondo de la propia alma, precisamente porque lo contrario es la realidad de la vida vivida.

Los ideales de igualdad, de libertad, de humanidad y de justicia no son palabras vacías, precisamente por el hecho que no son palabras vacías sus contrarias. Se puede discutir, — y hemos hablado ya de ello y volveremos a hablar, — sobre el valor relativo de esas palabras, sobre la realización relativa de esos ideales. Pero si tienen una fuerza desigual de excitación y de vitalidad en la vida social, son sin embargo la expresión exacta de tendencias elevadas y nobles del espíritu humano, y por tanto una realidad dinámica que puede traducirse en hechos materiales de progreso y de revolución.

El anarquismo, aunque parte por su esencia socialista de una interpretación realista de los hechos sociales, aunque se base en la constatación de que no habrá verdadera emancipación humana si no cesa la desigualdad económica entre las clases en el seno de la humanidad, y dando por tanto toda su adhesión incondicional a la lucha de la clase obrera contra la clase patronal, — y a todas las batallas de esa lucha, incluso aquellas por los más pequeños mejoramien-

tos inmediatos, — el anarquismo, digo, quiere ser también, y especialmente ahora, una reivindicación y una afirmación sintética de esos ideales de humanidad, de justicia, de fraternidad, de igualdad y de libertad, que son desde hace siglos la aspiración de los espíritus más nobles y que responden hoy a una necesidad real de las masas.

El hecho que nosotros, los anarquistas, demos a estos ideales un contenido práctico y al mismo tiempo universal, no limitado a categorías, clases o naciones sino extendido a todos los hombres, hace moralmente más fuerte al anarquismo, no quita nada a su carácter ético, dado que la emancipación que reivindica para todos es simultáneamente económica y política, intelectual y espiritual, material y moral. Por eso se equivocan aquellos que aunque diciéndose anarquistas, ostentan la despreocupación por los que sufren y por los sufrimientos que no son exclusivamente de la clase trabajadora. No hay plaga humana que no nos afecte, no hay dolor social que no sea también nuestro dolor, no hay infamia e injusticia que no nos hiera también a nosotros.

Sé que estas ideas chocarán a aquellos de nuestros amigos que se han formado una concepción exclusivamente clasista del movimiento social, aquellos que pierden el tiempo en discutir, por ejemplo, si los maestros y los médicos pueden ser considerados clases amigas o enemigas del proletariado. Pero también ellos deberían comprender que hace fraternizar más el dolor que el interés; deberían comprender que si tantos hombres surgidos de la clase burguesa, Marx o Bakunin, Caffero o Reclus, han dedicado toda su vida a la causa del proletariado no ha sido ciertamente por un fin interesado o económico, sino sobre todo porque han sentido en ellos todo el dolor engendrado por la explotación y por la miseria de los obreros. ¿Por qué habrían de ser incapaces los obreros, y especialmente los revolucionarios, de sentir el dolor que la injusticia engendra también entre los que no pertenecen precisamente a la clase trabajadora? Por lo demás, si los que sufren pueden pertenecer también a las clases diversas ¿las causas del sufrimiento no son tal vez únicas para unos y para otros, la desigualdad social y la ignorancia, la miseria y el prejuicio, la prepotencia y el fraude?

La cuestión social, si es preferentemente obrera porque son los obreros los que tienen que soportar el daño mayor de la organización capitalista y estatal, no es exclusivamente obrera: es humana. Esta visión no unilateral sino general del problema social no debe naturalmente hacernos caer en errores y confusiones, especialmente en la división del trabajo y en el reparto de funciones en el seno del movimiento revolucionario. Por ejemplo, nosotros nos levantaríamos contra quien quisiera, en nombre de esta alta fraternidad en el dolor, hacer penetrar en la organización obrera (que tiene una función específica) las preocupaciones propias de los diversos partidos y de las diversas creencias políticas, y si quisiera hacerles realizar funciones en contraste con su carácter específico. Del mismo modo, somos enérgicamente adversarios de toda colaboración de clase y de toda ingerencia extraña en los conflictos entre capital y trabajo.

Pero es preciso habituar a la clase obrera a saber elevarse espiritualmente también por encima de los propios intereses indiscutibles, por encima de las propias legítimas reivindicaciones económicas, — es decir, a saberlas integrar con una comprensión más ideal al mismo tiempo y más verdadera de la vida y de la lucha. Es preciso que las categorías proleta-

rias, que han sabido desplegar más de medio siglo una energía tan maravillosa para mejorar las propias condiciones, sientan una mayor solidaridad con las categorías no llegadas aún a su nivel, no separe la causa de su emancipación de la de la emancipación de todos los oprimidos; es preciso por consiguiente que el ideal de los anarquistas, — el ideal de la justicia, del pan y de la libertad para todos, — se convierta cada vez más en su ideal, más o menos razonado, más o menos confesado, pero de tal naturaleza que se cambie en ellos en una necesidad prepotente de acción y de lucha.

De tal modo la revolución será posible, — y será posible también el nacimiento de un nuevo mundo más conforme a los ideales anarquistas, — y la revolución misma se convertirá en un ideal, por la tensión de los ánimos hacia ella, una fe como ha sido siempre un ideal y una fe para todos los revolucionarios de acción, como lo es también para nosotros, a pesar de las desilusiones sufridas, hoy lo mismo que ayer, desde el día que nuestro cerebro comenzó a pensar y nuestro corazón a palpitar por una idea de porvenir de libertad y de justicia.

La revolución tiene una belleza propia, que nos enamora incluso independientemente, — en lo sucesivo, — del objetivo que se propone, tanto se ha amalgamado el medio con el fin, constituyendo un todo único. Por eso no puede menos de ser, — en lo sucesivo, — el ideal de todos los hombres que sueñan una vida más fraternal, más justa y más libre para la humanidad.

Un pensamiento de Rathenau

El 22 de julio de 1918 escribió Walter Rathenau a Leopold Ziegler:

“Los gastos de la guerra durante un mes habrían suprimido del mundo toda miseria. Con la de otro mes se habría asegurado para siempre la existencia de todos los intelectuales. Con los de un tercer mes se habrían hecho paraísos de las ciudades. Con lo de un cuarto mes habría sido emancipada la investigación científica, con lo de un quinto mes, el arte de todo lazo material”.

El oficio no carece de aspirantes

En Inglaterra no existe el servicio militar obligatorio; pero la siguiente estadística muestra que no faltan aspirantes al oficio de soldados, pues apenas ha sido elegido uno de cada tres hombres que se presentaron en los últimos reclutamientos.

	querían servir	aceptados	excluidos
Ejército . . .	83.814	27.938	55.876
Mar. guerra	53.915	5.655	47.866
Flota aérea	8.356	2.453	5.903

Como se ve, todavía no está próximo el día en que el capitalismo y el Estado se verán privados de defensores voluntarios surgidos del propio proletariado.

Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU—

Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España. (1886-1873). — 132 págs. . . \$ 0.50

Edición especial, papel pluma . . . „ 1.—
Eneadernado en tela . . . „ 2.50

Errico Malatesta, la vida de un anarquista. Trad. de D. A. de Santillán. — 262 págs. . . „ 1.20

Edición especial, papel pluma . . . „ 2.—
Eneadernado en tela . . . „ 3.50

Fernand Pelloutier y el sindicalismo (folleto) . . . „ 0.15

RUDOLF ROCKER—

Johann Most, la vida de un rebelde.— Prólogo de A. Berkman. Dos tomos de 350 págs. cada uno. Precio, cada tomo . . . „ 1.50

La maldición del practicismo. 32 págs. „ 0.10

RUDENKO—

En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista. — Trad. del ruso, por J. Company . . . „ 0.15

JAMES GUILLAUME

Miguel Bakunin. (Noticias biográficas). 42 págs. „ 0.20

MIGUEL BAKUNIN— (OBRAS COMPLETAS)

I La Revolución Social en Francia. — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Trad. de D. A. de Santillán. Un vol. de 329 págs. . . „ 1.50

II La Revolución Social en Francia. — Tomo segundo. Pról. de Max Nettlau. Un vol. de 287 págs. „ 1.50

III Consideraciones filosóficas. Pról. de Max Nettlau. Un volumen de 350 págs. „ 1.50

IV Dios y el Estado. Prólogo de Max Nettlau. Un volumen de 276 págs. „ 1.50
Los mismos, encuadernados en tela „ 3.50

ERRICO MALATESTA

Anarquía. — 48 páginas „ 0.20

En el Café. — Trad. de D. A. de Santillán. Prólogo de Luis Fabbri. 108 págs. „ 0.30

PEDRO KROPOTKIN

Conferencias. — I) El Estado, su rol histórico. El Estado Moderno. — Un vol. de 146 páginas „ 0.50
Eneadernado en tela „ 1.50

A los jóvenes. — 28 págs. „ 0.10

LUIS FABBRI—

Cartas a una mujer sobre la anarquía.— Un tomo de 110 páginas „ 0.50

Influencias burguesas sobre el anarquismo. — 48 págs. „ 0.20

C. LOMBROSO y R. MELLA
Los anarquistas. (Estudio y réplica). Un vol. de 166 págs. „ 1.—

NIDO, ROCKER y
NEMO

Nacionalismo y anarquismo. — 64 págs. „ 0.20

SEBASTIAN FAURE

Mi Comunismo. (La felicidad universal). — Un volumen de 432 págs. „ 2.—
Eneadernado en tela „ 3.50

“TEMAS SUBVERSIVOS”
Un volumen de 350 págs., \$ 1.50

La falsa redención „ 0.10

La dictadura de la burguesía „ 0.10

La patria de los ricos „ 0.10

La podredumbre parlamentaria „ 0.10

La moral oficial y... la otra „ 0.10

La mujer „ 0.10

El niño „ 0.10

Las familias numerosas „ 0.10

Los oficios odiosos „ 0.10

Las fuerzas de la revolución „ 0.10

La conmoción revolucionaria „ 0.10

La verdadera redención „ 0.10

J. DE JACQUE
El Humanisferio. — Un vol. de 142 págs. Pról. de M. Nettlau y Eliseo Reclus „ 0.50

ELISEO RECLUS
A mi hermano el campesino . . . \$ 0.10

JUAN CRUSAO
Carta Gaucha. 6.ª edición „ 0.10

D. A. DE SANTILLAN
La jornada de seis horas. — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo. 28 págs. „ 0.10

AGUSTIN SOUCHY
La Ucrania revolucionaria. Resultado de un viaje de estudio desde abril a octubre de 1920. — Un vol. de 62 págs. „ 0.30

S. RADOWITZKY
La voz de mi conciencia. — 16 páginas „ 0.10

VARIOS

Certamen Internacional de LA PROTESTA.—160 páginas en 4.ª, encuadernado en tela „ 2.—